

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Sergio Miranda Pacheco

“Por mi raza hablará la metrópoli: universidad, ciudad, urbanismo y poder en la construcción de Ciudad Universitaria, 1929-1952”

p. 183-228

*El historiador frente a la ciudad de México
Perfiles de su historia*

Sergio Miranda Pacheco (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

304 p.

Ilustraciones y gráficas

(Serie Divulgación, 12)

ISBN 978-607-02-8332-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historiador/perfiles.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



POR MI RAZA HABLARÁ LA METRÓPOLI

UNIVERSIDAD, CIUDAD, URBANISMO Y PODER EN LA CONSTRUCCIÓN
DE CIUDAD UNIVERSITARIA, 1929-1952*

SERGIO MIRANDA PACHECO
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

[E]l poder es el que diseña las ciudades; la forma más pura del poder es el control de la tierra urbana. Cuando el Estado es el dueño principal, puede imponer cualquier patrón que escoja [...]. La planeación que promueve tal autoridad es total e indiscutible y, por ende, la ley urbana es claramente legible.

SPIRO KOSTOF

La idea de dotar a la Universidad Nacional Autónoma de México de nuevas instalaciones, así como el proyecto y la construcción de las mismas —que se materializó en la inauguración de la Ciudad Universitaria (CU) en 1952—, configuraron un proceso histórico rodeado de hechos y numerosas y diversas opiniones y representaciones con las que se celebró a la urbe universitaria como testimonio de la grandeza y la hazaña de la modernidad urbana, arquitectónica, científica, educativa y material que había alcanzado México bajo la

* Este texto es una versión corregida y aumentada de la que presenté en la 11th International Conference on Urban History “Cities & Societies in Comparative Perspective”, celebrada en Praga, República Checa, en agosto y septiembre de 2012, con el título: “‘For My Race Will Talk the Metropolis’”: Science, Power, Urban Planning and Society in the Construction of the University City of Mexico, 1910-1954”. Agradezco la lectura crítica y atenta, y las sugerencias de mis colegas Omar Olivares y Moisés Ornelas.

dirección de los gobiernos posrevolucionarios y de sus elites universitarias en la primera mitad del siglo XX.

Es posible analizar e interpretar estos hechos, opiniones y representaciones bajo la tesis de que la construcción de una ciudad implica, entre otras cosas, necesidades sociales que se busca satisfacer; recursos para cubrir todos los imperativos materiales y humanos de la construcción, y un poder que dispone, organiza y provee de recursos para la obra, y de un lugar adecuado para erigirla. En tal sentido, la ciudad universitaria puede ser leída como un artefacto urbano ideado y ejecutado para satisfacer las que entonces se tuvieron como necesidades educativas y científicas, presentes y futuras de la sociedad mexicana.

Pero en otro sentido, todo medio construido no sólo cumple o satisface una función, ni tampoco constituye únicamente una forma edificada. Puede ser leído también como un repositorio de significados que surgen de la estrecha relación que guarda la arquitectura con la sociedad que la produce y la consume. En este sentido, su materialidad, sus formas y su emplazamiento son producto de procesos espaciales y del conflicto de fuerzas sociopolíticas a cuyos significados, latentes y políticos, no es posible acceder a través del tradicional análisis del diseño urbano y arquitectónico. ¿Cómo accedemos entonces a estos significados?

Apoyado en la obra de Mikhail Bakhtin, teórico y filósofo del lenguaje, William Whyte ha propuesto interpretar la arquitectura bajo la idea de que la producción arquitectónica y la interpretación de ésta, al igual que ocurre con la traducción de textos, comprenden una serie de transposiciones. Es decir, toda obra arquitectónica tiene varios significados —que corresponden a su concepción, su planeación, su diseño, su emplazamiento, su construcción, su habitación y su interpretación— cada uno de los cuales guarda su propia lógica, genera su propio mensaje y busca ser entendido dentro de la unidad en la que están insertos y traspuestos: las construcciones.¹

Pero, por otro lado, no debe olvidarse, nos dice Setha M. Low, que en la base del diseño arquitectónico y la planeación urbana

¹ William Whyte, “How Do Buildings Mean? Some Issues of Interpretation in the History of Architecture”, *History and Theory*, 45 (mayo 2006), p. 153-177.

existen implicaciones políticas. Así, las decisiones sobre la propiedad de la tierra, sus usos y los recursos invertidos en el diseño y la construcción de un medio urbano —sobre todo tratándose de edificios públicos, como lo es la CU— reflejan la acción política del Estado y de la comunidad de intereses en que se apoya éste o dentro del cual promueve sus decisiones y acciones. En este sentido, la arquitectura y la planeación urbana han contribuido y contribuyen al dominio de un grupo sobre otro, y funcionan como mecanismos para codificar sus relaciones recíprocas, en un nivel que incluye no sólo la vigilancia del otro, sino también sus propios movimientos.²

Siguiendo este orden de ideas, cabe interpretar que la edificación de la urbe universitaria obedeció a razones que trascendían la sola necesidad de reemplazar las viejas instalaciones donde transcurría la enseñanza universitaria. Posee además significados urbanos, políticos, sociales y culturales que sólo pueden ser develados si replanteamos el modo de interpretar las obras arquitectónicas y urbanísticas.

En tal sentido, la edificación de la CU significó el rompimiento espacial con la tradición científico-positivista —que había hallado cobijo en las viejas, oscuras y malolientes habitaciones y calles de la época colonial— para, en su lugar, impulsar la ciencia experimental que exigía espacios funcionales e iluminados. Asimismo, la renovación arquitectónica y el reordenamiento urbano de las instalaciones universitarias fueron un medio destinado también a disciplinar al estudiantado y para recomponer, por esta vía, el prestigio y la utilidad de la Universidad como instrumento de superación personal y de progreso científico y social nacional, el cual había decaído en medio del libertinaje político y de la disoluta vida estudiantil en las calles del “decrépito” centro de la ciudad. Representó también, luego de sus desencuentros, la alianza de las elites gobernantes y

² Setha M. Low, “Cultural Meaning of the Plaza: The History of the Spanish-American Gridplan-Plaza-Urban Design”, en Robert Rotenberg y Gary McDonogh (eds.), *The Cultural Meaning of Urban Space*, Westport (Connecticut), Greenwood Publishing Group, 1993, p. 75. *Vid.* también Michel Foucault, “Des espaces autres” (conferencia en Cercle d’Études Architecturales, 14 marzo 1967), *Architecture, Mouvement, Continuité*, n. 5, octubre 1984, p. 46-49, y Michel Foucault, “El ojo del poder”, entrevista con Michel Foucault, en Jeremías Bentham, *El panóptico*, Madrid, La Piqueta, 1979.

universitarias para la reafirmación de la educación universitaria y del conocimiento científico como los instrumentos con que el Estado posrevolucionario se proponía redimir del atraso a la sociedad mexicana y colocarla en la vía de su modernización y el progreso. Y, significó también la continuidad de un orden socioespacial segregacionista en el contexto de la urbanización de la ciudad de México.

En resumen, en el presente ensayo me propongo demostrar que la construcción de la CU posee, además de su innegable valor artístico y urbanístico, otros significados cuyo desciframiento nos lleva lejos de su materialidad y formas, y nos coloca en el contexto de la historia de las relaciones de la Universidad con el Estado mexicano y con la propia historia de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XX.

La Universidad Nacional

La Universidad Nacional, de orígenes coloniales, se fundó en 1910 bajo los lineamientos del plan general de reorganización general de la educación que Justo Sierra acordó con el presidente Porfirio Díaz en 1905, cuando éste lo designó titular de la recién abierta Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. La integrarían las escuelas nacionales Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingeniería, de Bellas Artes y de Altos Estudios.³

Inaugurada en el marco de los festejos por el centenario de la Independencia, la apertura de la Universidad significó, además de exaltar la figura y el poder del presidente Porfirio Díaz ante la opinión internacional, “lograr un mejor entendimiento entre el gobierno y los jóvenes de la clase media urbana”.⁴

³ El 26 de mayo de 1910, después de su aprobación legislativa, se promulgó la Ley Constitutiva de la Universidad Nacional de México. Moisés Ornelas Hernández, “La Universidad Nacional de México. Entre el antiguo régimen y la Revolución (1910-1920)”, en Raúl Domínguez Martínez (coord.), *Historia general de la Universidad Nacional, siglo XX. De los antecedentes a la Ley Orgánica de 1945*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2012, p. 96.

⁴ Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México, 1996, p. 412.

No obstante las altas expectativas con que se fundó y las funciones y los fines que se le asignaron —el cultivo de las ciencias de aplicación práctica sin olvidar los principios generales del conocimiento—, la nueva institución universitaria, atada por su Ley Constitutiva al gobierno federal —el gobierno de la Universidad estaba a cargo del rector y del Consejo Universitario, pero sus decisiones quedaban a merced de la Secretaría de Instrucción Pública o, si fuera el caso, del presidente de la República—, tuvo desde un inicio dificultades para cumplirlas.

La caída del régimen porfirista y los avatares políticos e institucionales que le siguieron dificultaron que, más allá de intentar la integración administrativa de sus distintas escuelas, la Universidad avanzara con paso firme en el desarrollo de la investigación, el aumento de la matrícula estudiantil, la innovación de métodos de enseñanza, la profesionalización de profesores, o la renovación y/o adaptación de sus instalaciones.

A decir de Javier Garciadiego, “lo novedoso y modernizante fue parco y limitado” durante sus primeros diez años de vida, empero en un examen cuidadoso de las ideas pedagógicas, de las prácticas escolares y de las propuestas de reforma durante esos años Ornelas Hernández ofrece elementos que hacen dudar de tal aseveración.⁵

No obstante, fue a partir de la dirección de José Vasconcelos, primero como rector y luego como secretario de Educación Pública, que la transformación de la educación y del papel de la Universidad en ella adquirió un paso sostenido. Vasconcelos confió a la Universidad la “honra de redactar” el proyecto para la redención nacional a través de la educación en todos sus niveles y promovió las reformas para convertirla en una institución más académica, con un alto cometido social y, por tanto, en instrumento cultural y educativo del nuevo Estado posrevolucionario, ideario que resumió en el escudo y el lema universitario: “Por mi raza hablará el espíritu”.⁶

Así, durante la década de 1920 la vinculación de la Universidad con las necesidades sociales, a través de la organización de las cam-

⁵ Moisés Ornelas Hernández, “La Universidad Nacional...”, p. 167. *Vid.* Javier Garciadiego, *Rudos contra...*, p. 24-31.

⁶ Moisés Ornelas Hernández, “La Universidad Nacional...”, p. 174.

pañías de alfabetización y de una amplia actividad de extensión universitaria y de servicio social —por medio de la cual trató de adecuarse a los requerimientos del Estado—, dio cohesión a sus tareas y también a los estudiantes, los cuales forjaron una conciencia política de su papel social que más de una vez puso en entredicho la orientación y la autoridad del orden instituido.⁷

Sin embargo, dos aspectos del funcionamiento de la Universidad reformada por los gobiernos posrevolucionarios continuaron siendo problemáticos para su desarrollo: lo limitado e inadecuado de sus instalaciones para la formación de su privilegiada comunidad científica y estudiantil, y su sujeción administrativa y financiera al gobierno federal.⁸ Ambas problemáticas, y los conflictos políticos asociados a ellas, limitaron el desarrollo de la investigación y la enseñanza universitarias durante por lo menos la primera mitad del siglo XX, periodo durante el cual un conjunto importante de cambios llevó a que el Estado concediera a la Universidad su autonomía (1929) y más tarde apoyara legalmente y con recursos la construcción de su nueva sede que se inauguró el 20 de noviembre de 1952. ¿Cómo ocurrió esto?

La autonomía y la idea de la Ciudad Universitaria

La crisis económica que desde 1926 se manifestó en el país, así como la guerra cristera y la crisis política que desató el asesinato —17 julio 1928— del presidente electo por segunda vez, general Álvaro Obre-

⁷ Renate Marsiske, “La Universidad Nacional: 1921-1929”, en Raúl Domínguez-Martínez (coord.), *Historia general de la Universidad Nacional, siglo XX. De los antecedentes a la Ley Orgánica de 1945*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2012, p. 196-197.

⁸ El año en que obtuvo su autonomía, 1929, la Universidad sumaba 8 154 estudiantes que resultaban ser una minoría privilegiada, comparados con el poco más de un millón de habitantes que tenía en 1930 la ciudad de México, distribuidos en un superficie urbanizada de 5 462 ha. *Vid. Ciudad Universitaria. Crisol del México moderno*, México, Fundación UNAM, 2009, p. 55, y Enrique Espinosa López, *Ciudad de México. Compendio cronológico de su desarrollo urbano 1521-1980*, México, El Autor, 1991, p. 138-139.

gón, provocaron que el futuro de los triunfadores de la Revolución hecha gobierno se viera en un serio peligro en la elección presidencial de 1929, a la que se había presentado como candidato independiente José Vasconcelos, quien muy pronto se ganó un creciente apoyo entre los estudiantes universitarios y otros sectores de la sociedad.⁹

En vísperas de las elecciones, el ambiente político estaba caldeado dentro de la Universidad. La intención de las autoridades de extender a la Facultad de Derecho la aplicación de exámenes trimestrales, en lugar de uno anual, y la reforma al plan de Estudios en la Escuela Nacional Preparatoria en marcha, terminaron por generar una huelga estudiantil cuya efervescencia se combinó con la que estaba provocando la candidatura de Vasconcelos.¹⁰

En el contexto de esta agitación política y electoral, inesperadamente el presidente interino Emilio Portes Gil hizo los arreglos necesarios para que el Congreso concediera, aunque limitada, la ansiada autonomía a la Universidad, pero fue evidente que el propósito de esta concesión fue restar tensión al conflicto político electoral que se vivía y, en esa medida, apoyar el triunfo del candidato oficial neutralizando el apoyo creciente que estaba sumando el candidato de la oposición.¹¹

El 5 de junio de 1929 el Congreso de la Unión dio facultades extraordinarias al Ejecutivo para expedir la Ley Orgánica de la Universidad Nacional Autónoma, lo cual ocurrió el 10 de julio, día en que también se comunicó que Ignacio García Téllez, que se desempeñaba en ese momento como oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, ocuparía transitoriamente la jefatura de la Universidad, en tanto se

⁹ Una explicación amplia de la crisis política producida por el asesinato de Álvaro Obregón se encuentra en Arnaldo Córdova, *La Revolución en crisis: la aventura del maximato*, México, Cal y Arena, 1995, 552 p.

¹⁰ Renate Marsiske, "La Universidad Nacional...", p. 202.

¹¹ El movimiento estudiantil de 1929 no tenía como demanda la autonomía. Para un análisis del movimiento estudiantil, y el significado histórico y jurídico de la autonomía de la UNAM: José Raúl Domínguez-Martínez, "Autonomía universitaria. El *ius abutendi* de un concepto", *Política y Cultura*, México, n. 9, 1997, p. 49-70; Carlos Silva "El nuevo Estado mexicano", *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, v. 8, México, 2010; e Imanol Ordorika Sacristán, *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, 441 p.

hacía la designación de rector conforme a la nueva ley. Sin embargo, tras desencuentros entre el Consejo Universitario y el presidente Portes Gil, con cuya terna inicial no estuvo de acuerdo aquél, García Téllez fue designado rector y tomó protesta el 11 de septiembre.

Tiempo atrás el tema de la autonomía, como el de la construcción de una sede para la Universidad, había surgido en las discusiones y debates de estudiantes y autoridades universitarias.¹² Apenas se obtuvo la autonomía, el tema cobró mayor fuerza, pues pasaron a formar parte de la Universidad dependencias que estaban a cargo del gobierno federal, lo cual supuso un aumento en su población, en el número de sus edificios y en la dificultad para administrar sus tareas e instalaciones estando éstas dispersas por las calles centrales de la ciudad de México, básicamente hacia el poniente.¹³

El rector Ignacio García Téllez (1929-1932) fue un decidido defensor del proyecto de CU. Fue él quien destacó a lo largo de su gestión las necesidades y los problemas que vendría a satisfacer y solucionar la futura sede universitaria, mismos que enfrentaron sus sucesores hasta que ésta fue inaugurada: *a)* el mal estado, inadecuación, insuficiencia y dispersión de las instalaciones universitarias; *b)* la proclividad de los estudiantes al desorden y la flojera merced a su estrecha cercanía con la vida cotidiana de la ciudad de México; *c)* el activo protagonismo político estudiantil influido por su cercanía a las sedes del poder formal e informal en México: sindicatos, despachos de abogados, dependencias públicas, poderes de la Unión,

¹² A comienzos de 1929 una de las resoluciones del Congreso de la Confederación Nacional de Estudiantes fue insistir en la necesidad de un espacio en donde construir “Ciudad Universitaria”. *Vld.* Gabriela Contreras Pérez, “La autonomía universitaria: de junio de 1929 a septiembre de 1935”, en Raúl Domínguez-Martínez (coord.), *Historia general de la Universidad Nacional, siglo XX. I. De los antecedentes a la Ley Orgánica de 1945*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, 2012, p. 341.

¹³ Más aún, las condiciones materiales de los edificios, inadecuados para las funciones educativas y científicas, hacían muy costosa, si no imposible, su adaptación, como eran los casos de las sedes de la Escuela de Bellas Artes y su anexo; la Escuela de Medicina Veterinaria; la fría, oscura y cuarteada Biblioteca Nacional; el Palacio de Minería, en peligro de desquiciarse, y aun el Estadio Nacional que, aunque recién construido, había que reconstruir en su fachada y adaptar su campo. *Ibidem*, p. 367.

mafias políticas, bandas y pandillas, asociaciones y clubes políticos, partidos políticos, etcétera.

De ahí que la concentración de dependencias, profesores y estudiantes en un solo espacio fuera del centro de la ciudad se perfiló durante las décadas de 1930 y 1940 en la mente de universitarios y del gobierno como la solución a estas necesidades y problemas.

El problema de las instalaciones

Para García Téllez era “imposible trazar con el advenimiento de la autonomía universitaria una nueva etapa en el progreso del país si los alumnos seguían tomando sus clases en casas adaptadas como instalaciones universitarias cuya adecuación era costosa”.¹⁴ Además, dichas instalaciones eran nocivas para el estudiantado a causa de sus “aulas asfixiantes, incómodas e insalubres, donde la disciplina se relaja y el mal ejemplo se propaga [...], casas seculares construidas para llenar aspiraciones educativas de tiempos ya remotos [...], locales totalmente impropios por haberse edificado para habitaciones privadas pero no para albergue de instituciones educativas”.¹⁵

Testimonio de ello lo brindan los recuerdos de destacados profesores, antaño estudiantes del viejo barrio universitario. Para Rubén Bonifaz Nuño, insigne poeta, escritor y traductor de los clásicos latinos, por ejemplo, asistir a clases en la Facultad de Filosofía, que estaba instalada en la vieja casona de Mascarones en la calle de San Cosme 71, tenía un atractivo *folclórico*. Otro ilustre científico universitario, el doctor Marcos Moshinsky, recordaba que las condiciones de trabajo en el Instituto de Física, dentro del Palacio de Minería, un edificio del siglo XVIII, “eran realmente vergonzosas [...] nos habían prestado un salón en el que convivían apretados el director, su secretaria y cuatro investigadores. No había laboratorios y sólo disponíamos de algunas mesas y algunos libreros. En la azotea del edificio teníamos una tienda

¹⁴ *Ibidem*, p. 368.

¹⁵ “Artículo del Sr. Lic. Ignacio García Téllez, rector de la Universidad Nacional, acerca de las razones por las que es preciso construir la Ciudad Universitaria extramuros de la de México”, en UNAM, *La ciudad universitaria mexicana*, México, Talleres Gráficos Editorial y Diario Oficial, 1930, p. 3-4.

de campaña que servía para cubrir una máquina con la que hacíamos mediciones de rayos cósmicos. Eso era todo”.¹⁶

Otro problema asociado con la inadecuación de las instalaciones fue que la dispersión de las escuelas e institutos por las calles de la ciudad impedía la convivencia entre estudiantes de diversas disciplinas, y entre éstos y los profesores, lo cual, se creía entonces, anulaba la formación de un espíritu científico, necesario para la investigación. Éste debía cultivarse en “edificios espaciosos y modernos, propicios a la meditación, a los espíritus sanos y libres, y con las adaptaciones impuestas por los centros actuales de elaboración científica en los que se desenvuelve sin obstáculos la aptitud personal del investigador”.¹⁷

El remedio a estos males era, según el rector, alejar del corazón de la ciudad de México los edificios educativos, “agrupándolos en una región sana e higiénica, en donde el medio tranquilo y las menores distracciones inviten al estudio, pues el acondicionamiento de los actuales edificios sería enormemente costoso”.¹⁸

Bajo estos supuestos García Téllez hizo llegar al presidente Portes Gil en octubre de 1929 un proyecto de decreto para la entrega de terrenos, así como los planos para erigir la CU en las Lomas de Tecamachalco. Meses después, durante su participación en el Primer Congreso Nacional de Planeación sobre la Ciudad Universitaria Mexicana, el 11 de enero de 1930, calculó que ésta requería “una superficie de tres millones de metros cuadrados y la cantidad de diez millones de pesos para adquirir el terreno necesario, hacer las obras de urbanización —drenajes, pavimentos de calles y banquetas, aprovisionamiento de agua potable, alumbrado general, etcétera—, construir los edificios, laboratorios con sus equipos y los campos deportivos”.¹⁹ Fue con el presidente Ortiz Rubio con quien se acordó

¹⁶ Los recuerdos de algunos universitarios que hoy son reconocidos profesores e investigadores, y que estudiaron en las escuelas universitarias distribuidas en el centro de la ciudad, pueden verse en “Ciudad Universitaria cincuenta años después”, en *Universidad de México*. Revista de la UNAM, n. 618-619, diciembre 2002-enero 2003.

¹⁷ “Artículo del Sr. Lic. Ignacio García...”, p. 3.

¹⁸ Carta de I. García Téllez a E. Portes Gil, 16 octubre 1929, Archivo General de la Nación México (en adelante, AGNM), *Fondo Presidentes*, Emilio Portes Gil (EPG), caja 97, exp. 6/465. Citada en Gabriela Contreras Pérez, “La autonomía...”, p. 355.

¹⁹ *Ibidem*, p. 367.

la adquisición de los terrenos en Lomas de Chapultepec (Tecamachalco),²⁰ pero el proyecto no se llevaría a cabo sino veinte años después, y en otro lugar.

El desenfreno político

La idea de contar con una ciudad universitaria se alimentó de la utopía de que en un nuevo espacio construido ex profeso —salubre, higiénico y sosegado— los estudiantes contribuirían mejor al desarrollo del conocimiento y progreso del país, pues su formación transcurriría entonces dentro de un “medio progresista, puro y [...] no contaminado con los vicios circundantes” de la ciudad de México.²¹

En el contexto de la época, los “vicios circundantes” que afectaban a los estudiantes, y que preocupaban a las autoridades universitarias, podían ser las múltiples distracciones que ofrecía la vida cotidiana del centro de la ciudad de México, la febril militancia política que solía desplegarse durante los procesos de elección de representantes populares o del gobierno de la Universidad, y toda clase de intrigas, movimientos y protestas, las cuales con frecuencia enfrentaban a los estudiantes con las autoridades y con otros grupos desprestigiándolos.²²

Desde el gobierno de Venustiano Carranza y hasta la década de 1940 la prensa, las oficinas de gobierno, la clase política, y las autoridades universitarias emitieron opiniones adversas al estudiantado universitario al que juzgaron como un sector social privilegiado que no retribuía a la sociedad lo que ésta le daba.

En ocasiones esta crítica se extendía a los propios profesores y a las autoridades —cuando éstas no coincidían con el gobierno—, pero en general era a los estudiantes a los que se acusaba de flojos y

²⁰ *Ibidem*, p. 370.

²¹ “Artículo del Sr. Lic. Ignacio García...”, p. 3.

²² Para una historia de los movimientos estudiantiles en la UNAM: Salvador Martínez della Roca, *Estado y Universidad en México, 1920-1968: historia de los movimientos estudiantiles en la UNAM*, México, J. Boldó i Clement, 1986, 149 p. Una radiografía política de los universitarios la ofrecen Donald J. Mabry, *The Mexican University and the State. Students conflicts, 1910-1971*, College Station, Texas A & M University Press, 1982, 344 p., e Imanol Ordorika, *La disputa por...*

—conforme se aliaban a grupos políticos fuera del control del gobierno— de comunistas, de irreverentes y de ser parásitos sociales.

La pretensión de construir un campus universitario extramuros de la ciudad surgió en este contexto de activa participación política estudiantil en los conflictos y lucha por el poder que acompañó a la posrevolución, la cual tuvo en las calles del viejo centro de la ciudad uno de sus escenarios principales. La condena a los universitarios de ser un lastre social, proveniente tanto de las propias autoridades universitarias como de la clase política, ocultaba el temor y el rechazo —si bien cuando les fue conveniente lo utilizaron— a su crítica social y a su protagonismo político. Veamos algunos de sus episodios.

En noviembre de 1919, en el marco de la discusión sobre la ley que proponía federalizar la enseñanza primaria en el Distrito Federal —frente a la incapacidad de los ayuntamientos para sostenerla—, un diputado descartó la obligación del Estado de sostener la enseñanza universitaria, porque “más obligación hay en un gobierno democrático para favorecer la educación popular, que para sostener la enseñanza universitaria, que en el fondo es fomentar una distinción para cierto número de privilegiados que tarde o temprano tienen que formar una casta especial”.²³

Empero, el rechazo de la clase política a otorgar el apoyo estatal a la educación universitaria obedecía más al hecho de que los estudiantes se habían convertido en un activo actor político que, en alianza con otros sectores sociales, se mostraba capaz de denunciar los problemas que le afectaban y de exigir aquellas soluciones que los gobiernos de la posrevolución habían ignorado.

Tal fue el caso del efímero Centro Obrero Independiente fundado el 2 de junio de 1918 con miras a participar en las elecciones de diputados y senadores de ese año, y que a los pocos días, 10 de junio, incorporó a un nutrido grupo estudiantil para terminar llamándose: Gran Centro Obrero Independiente y Estudiantil Unidos.

La alianza política entre obreros y estudiantes universitarios de ese año quedó sellada con la inclusión —en las bases del programa político de gobierno que enarbolaban sus candidatos— de

²³ *Diario de los debates de la Cámara de Diputados. Año de 1919. XXVIII Legislatura, sesión del 29 de noviembre.*

un conjunto de demandas que dejaban en claro las altas expectativas de justicia social, el apoyo a las demandas obreras, y la insatisfacción de los estudiantes con la impunidad y restricciones al ejercicio profesional, el atropello a los derechos laborales de los docentes, la deficiencia de planes de estudio y abusos de propietarios a quienes se veían obligados a rentar sus inmuebles en los alrededores de las edificaciones universitarias.²⁴

Hasta el propio Álvaro Obregón, en medio de sus ambiciones presidenciales, supo reconocer la importancia política del estudiantado y la conveniencia de obtener su respaldo electoral apoyando la fundación del Partido Estudiantil Juventud Revolucionaria en junio de 1920.²⁵

Para 1931, en medio del Maximato, la oficina particular del presidente Pascual Ortiz Rubio continuaba recibiendo informes adversos a la conducta estudiantil, como la misiva en la que el propio rector García Téllez reconocía que “la Universidad marcha alejada del pueblo, su enseñanza es costosa, sus autoridades fomentan la flojera, permiten que domine el comunismo y se insulte su investidura”.²⁶

²⁴ El programa político abrazado por obreros y estudiantes demandaba: Primero. Reglamentación del artículo 27 Constitucional. Segundo. Amplia y justa reglamentación del artículo 123 Constitucional. Tercero. Reglamentación adecuada y precisa del funcionamiento a que se sujetarán las juntas de Conciliación y Arbitraje. Cuarto. Abolición de la pena de muerte. Quinto. Libertad absoluta para ejercer toda clase de profesiones, con excepción de la medicina o ingeniería. Sexta. Restricción al secreto profesional a los doctores en medicina, exigiéndoles responsabilidades ante jurado competente en los casos de muerte de sus pacientes. Séptimo. Enérgica oposición a la militarización dentro y fuera de las escuelas. Octava. Preferencia en el pago a los profesores escolares, durante las crisis económicas del país. Noveno. Intercalar, por lo menos, una hora de enseñanza racionalista obligatoria en todas las escuelas; y Décima. Estudiar el pago equitativo de rentas de casas en determinados perímetros de las ciudades. *Vld.* El Gran Centro Obrero Independiente y Estudiantil, junio-julio 1918, Archivo Histórico del Distrito Federal (en adelante, AHDF), *Fondo Ayuntamiento*, Sección Gobernación, Partidos Políticos, v. 1300, exp. 19.

²⁵ “El Partido Estudiantil Juventud Revolucionaria remite su acta de fundación. Junio de 1920”, AHDF, *Fondo Ayuntamiento*, Sección Gobernación, Elecciones, v. 1134, exp. 13.

²⁶ Carta del rector Ignacio García Téllez al oficial mayor de la Secretaría Particular de la Presidencia [...], 17 abril 1931, AGNM, *Fondo Presidentes*, Pascual Ortiz Rubio, caja 83, exp. 1809-A, citado en Gabriela Contreras Pérez, “La autonomía universitaria...”, p. 372.

A su vez, la prensa difundía opiniones como la de que los universitarios eran “Fifis farsantes y pretenciosos que la mayor parte se dedican dizque al cultivo de las letras”, y a la oficina del rector llegaban misivas que le solicitaban “restringir todo lo posible la fabricación de profesionistas de la universidad, la supresión de los institutos, extensiones, direcciones, consejos, etc., que no son más que un pretexto para pedir sueldos, [y] la reforma de los planes de estudio de todas las escuelas con el objeto de producir hombres de carácter, competentes en su profesión y que vivan por sí mismos, prestando un servicio a la comunidad, en vez de constituir una carga para ella”.²⁷

El desprestigio de los universitarios volvió a ser tema del discurso de toma posesión del rector Medellín Ostos en 1932: “Ya es tiempo de que la credencial universitaria deje de ser una patente con que se atropella la razón y la sociedad, con que se infama el nombre de nuestra casa de estudios”.²⁸ Su alusión fue a los estudiantes que en la búsqueda de la representación en las sociedades de alumnos se enfrascaban en disputas que los distraían de sus obligaciones, así como a los profesores que hacían lo propio en los procesos de elección de directores de sus escuelas.

Con el tiempo, los conflictos estudiantiles terminaron por instituirse en la Universidad, a la par que los intentos de control de las autoridades, tanto de la propia Universidad como del gobierno. Estos conflictos fueron varios, desde las protestas por las reformas introducidas por las autoridades hasta los enfrentamientos a raíz de la disputa por las representaciones en el Consejo Universitario, en las sociedades de alumnos o en la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) y la Confederación Nacional de Estudiantes (CNE).²⁹

Esta percepción negativa de los estudiantes, de la Universidad y de la ciudad, como veremos, corrió paralela al debate sobre el carácter y fines de la Universidad, sostenido tanto al interior como fuera de la Universidad.

²⁷ Carta de José Román al rector García Téllez, 18 de agosto de 1930, Archivo Histórico de la UNAM, *Fondo Universidad Nacional*, caja 31, exp. 397. Citado en Gabriela Contreras Pérez, *op. cit.*, p. 370.

²⁸ Citado en Gabriela Contreras Pérez, “La autonomía universitaria...”, p. 379.

²⁹ *Ibidem*, p. 491.

Desde su fundación se configuraron tres grandes tendencias de opinión —con sus correspondientes grupos de apoyo en la sociedad, en el gobierno y en los partidos—, sobre el rumbo que debían tener la investigación y enseñanza universitarias: la de “los universitarios que estaban dispuestos a trabajar en colaboración con el gobierno, [la de] quienes sostenían un proyecto autónomo y laico, que no compartían la intromisión de personajes vinculados ni con el gobierno ni con la Iglesia, [y la de] los tradicionalistas, cuyo argumento se basaba en que el gobierno no debía intervenir bajo ninguna circunstancia, pues impediría que se desarrollara un proyecto educativo de alcance nacional”, un proyecto que había nacido no con la Revolución sino con la fundación de la Universidad Nacional.³⁰

Dentro o en contra de estas tendencias políticas, que estaban consolidadas hacia comienzos de la década de 1940, los estudiantes articularon su participación política en los destinos de la Universidad, aunque hubo momentos en que el espectro político universitario estuvo poblado por otras fuerzas.

En 1933, por ejemplo, los autonomistas se escindieron en la célebre polémica Caso-Lombardo. Así, surgió una tradición estudiantil liberal que se opuso a la reforma socialista de la educación (1934), defendió la autonomía universitaria y la existencia misma de la Universidad (1935) y, años después, disputó el control de las organizaciones estudiantiles. Al finalizar la década de 1940, esta corriente política entró en descomposición al tiempo que los grupos violentos de choque, vinculados a las autoridades universitarias, comenzaban a convertirse en la sombra y el guardián del movimiento estudiantil popular.³¹

³⁰ *Ibidem*, p. 536.

³¹ Hugo Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)*, México, Porrúa, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Aragón/Miguel Ángel Porrúa, 2006, p. 19. En 1961, la prensa retrataba así al porrismo: “En muchas escuelas de la Universidad existen fraternidades, especies de sectas que se autodenominan porras, cuyos miembros no efectúan reuniones ni mantienen otro vínculo entre sí que su dependencia de un jefe, que en algunos lugares es un polizonte, agente de la judicial, pandillero ilustre. Esta fraternidad goza de la protección invulnerable de muchos funcionarios, policías, jueces, etc. Es imposible lograr que los agentes del orden vigilen las escuelas y sus alrededores, ni obtener testigos de

Más tarde, en 1938 en un memorándum confidencial dirigido al presidente Lázaro Cárdenas su remitente identificó cinco fuerzas activas en la Universidad: 1) los “liberales puros”, liderados por Salvador Azuela, con facciones en la FEU y en diversas escuelas; 2) los “fachistas”, encabezados por Juan José Bremer y Rubén Salazar Mallén, y respaldados por pseudoentrenadores con influencia en las elecciones estudiantiles; 3) los “liberales católicos”, dirigidos por el rector Luis Chico Goerne, con influencia en algunos dirigentes de la Federación de Estudiantes Universitarios; 4) los “católicos fanáticos”, liderados por Luis Islas García, Armando Chávez Camacho y Luis Calderón Vega, y 5) los “estudiantes izquierdistas”, en especial los integrantes de las Juventudes Socialistas Unificadas de México, la Confederación de Estudiantes Socialistas Unificados de México y la Confederación Nacional de Estudiantes, eran una minoría con respaldo en algunos profesores, pero eran quienes más sufrían la represión de las autoridades universitarias que contrataban pistoleros disfrazados de entrenadores de deportes para golpearlos, especialmente en el periodo de elecciones.³²

Así, la intensa y conflictiva vida política de los estudiantes, la proyección que ésta tenía hacia las calles de la ciudad y la divulgación sesgada de sus conflictos en la prensa, en un contexto en que México enfrentaba serias desigualdades y las elites, políticas y económicas, se disputaban el rumbo de la nación —entre ellas el destino de la Universidad— contribuyeron a condenar la actividad política de los estudiantes y a forjar su identidad como la de un sujeto alborotador y proclive a incumplir su compromiso académico y social.

Bajo el avilacamachismo y el alemanismo, se buscó corregir tal defecto de carácter de los estudiantes, pues su indisciplina académica y su desenfreno político no se ajustaban a la unidad nacional que exigían los tiempos de guerra e impedían a la Universidad la estabilidad necesaria para proveer de los cuadros que exigía el viraje de la economía nacional hacia la participación de la empresa privada y del capital extranjero en la industrialización y la economía de

delitos cometidos por estos sujetos”, Aniceto Aramoni, “Rebeldes ¿Sin causa?, *El Universal*, s/n, México, 2 de diciembre de 1961, p. 2. Citado en Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo...*, p. 127.

³² Citado en Gabriela Contreras, “La autonomía universitaria...”, p. 493-494.

mercado bajo la rectoría del Estado. Así, una vía para disciplinar al estudiantado durante este periodo fue la disposición, en la Ley Orgánica de 1945, para disminuir la participación estudiantil y a sus representantes en los órganos de gobierno de la Universidad.³³

Otro método empleado, en consonancia con el primero, fue la persuasión de toda inconformidad valiéndose de los grupos de choque armados, vinculados con la entonces recién creada Dirección Federal de Seguridad (1947) al mando del presidente Miguel Alemán, quien tenía infiltrados como estudiantes a un ejército de “orejas”, cuyas funciones fueron el espionaje, la provocación y el apoyo logístico y financiero a los líderes porriles.

Fue en esta década que la Prepa 1 tuvo fama de ser refugio de vándalos y pistoleros, cuya edad era a todas luces impropia para ese nivel de estudios: el Payo, Pistolo, Dager, Pinky, Príncipe, Bruja, Monovano, Capullo, Vejigas, Manos de Palo, Llanta Baja, Cuco Pelucho, fueron algunos de sus motes.³⁴ Varios de estos agentes dobletearon sus servicios y lo mismo servían al gobierno que a las autoridades universitarias, al tiempo que sus jefes hacían negocios tolerando a porros, estafadores, traficantes, lenones y ladrones.³⁵

Los procedimientos aplicados contra los estudiantes —la restricción de sus derechos de representación, la cooptación de sus representantes, la intimidación y la violencia física— se aplicaron durante el alemanismo también para sofocar la disidencia política y centralizar el poder local en manos del presidente.

En la Asamblea Nacional del Partido Revolucionario Institucional, de febrero de 1950, Alemán desechó la farsa de las elecciones primarias y optó por nombrar de forma directa candidatos oficiales en una convención de nominación. Del mismo modo, eliminó de la coalición oficial a la izquierda, depuró de comunistas al gobierno, impuso a sus hombres en el movimiento obrero y cultivó la coopta-

³³ La Ley Orgánica de 1945 eliminó el principio de paridad de los estudiantes en el Consejo Universitario, y estableció dos representantes —propietario y suplente— por cada escuela y facultad. De esta manera, quedó virtualmente en manos del rector el control del sector estudiantil y del Consejo, y se anulaba la participación estudiantil en los asuntos de gobierno de la Universidad.

³⁴ Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo...*, p. 184-185.

³⁵ *Ibidem*, p. 190.

ción de los líderes de los sectores.³⁶ Así, la subordinación y la sorda represión del estudiantado universitario formó parte de su estrategia para establecer el dominio de un solo grupo gobernante.

Hacia 1950 la representación estudiantil estaba “disminuida y funcionalmente controlada, revestida de pureza académica, pero distanciada de sus propias bases operándose así un desplazamiento de la actividad política hacia esferas no oficiales de donde emergieran, ahí sí, líderes naturales”.³⁷ A este estudiantado disminuido en su poder político, pero sabedor de cómo moverse en el elevado mundo de las miras y ambiciones de “los licenciados” —retratado fielmente por Carlos Fuentes en su novelística de los años cincuenta del siglo XX— fue destinada la CU, en cuyas aulas de la Facultad de Derecho se escuchaba decir: “Aquí se estudia para presidente”.³⁸

El desenfreno moral

Junto con la preocupación por el desenfreno político de los estudiantes, a las autoridades universitarias preocupaba también el hecho de que la “moral” estudiantil se veía afectada por su estrecha relación con el hervor de la vida cotidiana de los habitantes del centro de la ciudad de México, en cuyas calles, partiendo de la plaza principal, se distribuían las instalaciones universitarias en un radio de un kilómetro, rodeadas por barrios o colonias que desde comien-

³⁶ Peter Smith, “México, 1946-c. 1990”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina. 13. México y El Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica/Grijalbo Mondadori, 2001, p. 102-103.

³⁷ Celia Ramírez y Raúl Domínguez, “El mito de la participación estudiantil, 1945-1960”, en Lourdes Alvarado (coord.), *Tradición y reforma en la Universidad de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad/Porrúa, 1994, p. 253, citado en *Génesis, desarrollo...*, p. 200.

³⁸ Stephen Niblo, *Mexico in the 1940s: Modernity, Politics and Corruption*, Wilmington, Scholarly Resources Inc., 1999, p. 180. Según Niblo, era sabido que la cercanía de la Universidad al Palacio Nacional facilitaba a los estudiantes congregarse con facilidad en el Zócalo y dirigir la presión de su número contra el gobierno a través de manifestaciones en las que era factible que, a causa de la obstrucción del tránsito, algún funcionario de alto nivel fuera interceptado, lo cual era intolerable para el gobierno. Esta situación motivó la idea de apoyar la construcción de CU fuera de la ciudad. *Vid.* Stephen Niblo, *Mexico in the 1940s...*, p. 178.

zos del siglo XX debían su reputación a ser escenarios de la transgresión de la ley: Santa Julia, Candelaria de los Patos, Peralvillo, Tepito, Barrio Chino de Dolores, Colonia Buenos Aires, La Guerrero, La Romita y otras.³⁹

Ya en tiempos porfirianos los estudiantes universitarios habían fundado clubes sociales para cuyos fines —la mejoría física, intelectual y moral de sus miembros— contaban con espacios propicios dentro de la ciudad donde, además, la ingesta de “cervezas, licores u otras bebidas refrescantes” no era considerada contraria a su imagen social.

Es el caso, por ejemplo, del Club Universitario de México cuyos socios habían adquirido el inmueble que albergaba a la cantina “Club Cosmopolita”, ubicado en la esquina de Donato Guerra y Bucareli. En marzo de 1906 su presidente, Harold Walker, solicitó al gobernador del Distrito Federal, Guillermo Landa y Escandón, que se permitiera a los socios e invitados del club hacer uso de las instalaciones y servicio de cantina sin ánimo de lucro, como parte de lo necesario para estimular las relaciones sociales entre sus miembros, su mejoramiento físico, moral e intelectual y el cultivo de las ciencias, las letras y las artes.⁴⁰

Años después, bajo los gobiernos posrevolucionarios, la presencia de estudiantes en cantinas y centros de vicio se convirtió en una viva y creciente preocupación social, y se acusaba a las autoridades de la ciudad de alentar la proliferación de dichos establecimientos. En febrero de 1923 la Unión Sindical de Empleados de Comercio solicitó al presidente del Ayuntamiento de la Ciudad de México la clausura de cantinas, pulquerías y “cualquier otro centro de vicio” establecidos, por gracia de las autoridades municipales, al lado de escuelas y pusiera “coto al incremento que el vicio ha tomado entre la juventud y muy particularmente en el seno de la clase obrera, que

³⁹ De hecho, los grupos de choque que trabajaban para la rectoría —como el liderado por “El Fóforo” durante el rectorado de Luis Chico Goerne (1935-1938)—, además de reclutar a sus integrantes de entre los universitarios que practicaban el fútbol americano, el box y la lucha, enrolaban en sus filas a los pandilleros más agresivos de los barrios pobres y periféricos de la ciudad. Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo...*, p. 154.

⁴⁰ Archivo Histórico del Distrito Federal, *Fondo Ayuntamiento*, Sección Gobierno del Distrito, Juegos Permitidos. “Club Universitario de México” Bucareli y Donato Guerra, marzo 1906, v. 1662, exp. 191.

debido a ese desenfreno en la explotación de sus debilidades, no ha sabido todavía apreciar y aprovechar el mejoramiento que obtuvo, a costa de tanta sangre hermana derramada en sus luchas por la conquista de sus legítimos derechos”.⁴¹

Por otro lado, los estudiantes, tanto aquellos que tenían su domicilio en las calles de la ciudad como los que no, podían echar mano de un amplio catálogo de espacios y lugares donde ejercer su juventud —oficinas públicas y privadas, hoteles, cines, billares, librerías, bares, cantinas, salones de baile y música, fondas, restaurantes, cabarets, prostíbulos, cafés, plazas, tiendas, iglesias, teatros, pulquerías, casinos, clubes, y otros—, en los que solían alimentarse, consumir bebidas alcohólicas y drogas, gozar su sexualidad, hacer negocios, compras, celebrar fiestas, bailes, peleas y tejer amores, amistades, complicidades y vicios, fuera del control de las autoridades universitarias y aun del propio Estado.⁴²

Durante la década de 1940 “la gran pachanga se convierte en el proyecto de vida de un sector de la ciudad de México”, incluidos los estudiantes universitarios. Los burdeles, las prostitutas, las diversiones nocturnas y no tan nocturnas, las películas pornográficas o “sucias” se convierten en atracción turística: Zona Roja, Cuauhtemotzin, Foco Verde, Salón México, Waikiki, Can Can, La Fuente, Terraza Casino, la Mundial, el Clóset, las Fabulosas, la Guadalupana o Vercelli.⁴³

Para Carlos Monsiváis, la década de 1940 es:

⁴¹ “Es desgraciadamente muy común ahora que pared de por medio de una escuela se halle una cantina, un figón o una pulquería, cuando estos antros de oprobio y de vergüenza para la sociedad que los consiente y fomenta debieran estar en zonas especiales, a cubierto de las miradas atónitas y curiosas de los niños, que mucho antes de haber aprendido a leer, conocen ya el nutrido léxico de injurias con que el hampa ha enriquecido (!) nuestro idioma.” *Vid.* La Unión Sindical de Empleados de Comercio solicita sean quitadas las pulquerías, cantinas y cualquier otro centro de vicio que estén cerca de las escuelas. Febrero de 1923, AHDF, *Fondo Ayuntamiento*, Sección Secretaría General, Gobernación, v. 3935, exp. 372.

⁴² *Vid.* Amparo Sevilla, “Aquí se siente uno como en su casa: los salones de baile popular en la ciudad de México”, *Alteridades*, v. 6, n. 11, 1996, p. 33-41; Ana Rosas Mantecón, “Auge, ocaso y renacimiento de la exhibición de cine en la ciudad de México (1930-2000)”, *Alteridades*, v. 10, n. 20, 2000, p. 107-116; Élodie Salin, “Vie privée-espaces publics: le Centre Historique de Mexique et les enjeux de la métropolisation”, *Cahiers des Amériques Latines*, n. 35, 2001, p. 57-74.

⁴³ Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo...*, p. 165.

un viaje felizmente dantesco a los círculos visibles o marginales de la capital. En los cabarets de lujo, las mujeres tiran sus copas a la pista para refrendar su alegría. En los cabarets de tercera, las prostitutas, aún no alejadas del *Orozco look*, ajustan sus dramas pasionales a los requerimientos de una puñalada. En las vecindades, se alternan la felicidad y la perdición programada que narran a dúo Gabriel Vargas en *La familia Burrón* y Sergio Magaña en *Los signos del Zodiaco*. En los tugurios, templos de la fuga del impulso triunfalista, un músico (de preferencia ciego) toca la guitarra a la luz de veladoras y una prostituta vieja asegura haber sido la última confidente del compositor Guty Cárdenas. En los gimnasios de barriada, las promesas del boxeo, que terminarán estrangulados por el vicio en un callejón, exhiben sus grandes cualidades mientras un organillo difunde notas melancólicas.⁴⁴

Era esta ciudad la que a diario habitaban los estudiantes. Y aunque no es de dudarse que muchos la disfrutaban, como lo muestra su tradicional “novatada” y los recuerdos nostálgicos de algunos de ellos,⁴⁵ lo cierto es también que otros la detestaban y la temían, comenzando por sus padres y familiares para quienes no era difícil pensar que sus hijos podrían sucumbir, víctimas del pecado, en un espacio reducido, rebosante de sitios de vicio y perdición, como lo era entonces la vieja ciudad de México.⁴⁶

La ciudad de los cuarenta, a decir de Sánchez Gudiño, era escenario donde confluían y se entrecruzaban los bajos fondos, la prostitución, el tráfico de drogas, la delincuencia, la policía, los gánsteres y los pistoleros, los golpeadores y los pandilleros que se desplazaban hacia los corrillos universitarios. Para las autoridades universitarias, en un escenario como éste resultaba fuera de toda lógica pensar que podría florecer el estudio y la ciencia. Los estudiantes enviaban su razón con las disputas por el poder, y sus sentidos eran seducidos por una amplia gama de atractivos.

⁴⁴ Carlos Monsiváis, “Sociedad y cultura”, en Rafael Loyola (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 276.

⁴⁵ Rubén Salazar Mallén, “Café París: remembranzas de un desmemoriado”, *Unomásuno*, 22-23 junio 1986.

⁴⁶ Según Sánchez Gudiño, en el primer cuadro de la ciudad en la década de 1940 se calculaba la existencia de 15 000 misceláneas, 400 cantinas, 400 cabarets y 200 lupanares. *Vid.* Sánchez Gudiño, *Génesis, desarrollo...*, p. 171.

En este contexto, las universidades de Iowa, París y Madrid aparecieron como modelos a seguir en México, y en los proyectos que elaboraron los arquitectos Marcial Gutiérrez Camarena y Mauricio Campos (1928), Pablo Flores (1929), Federico Mariscal (1930) y Carlos Contreras (1929) es visible la inspiración que los campus universitarios europeos y norteamericanos habían producido entre los mexicanos.

Un común denominador en estos primeros proyectos es la propuesta, precisamente, de establecer una ciudad universitaria fuera de la vieja traza de la ciudad de México, en la periferia sur (Huipulco) o poniente (Lomas de Chapultepec). ¿Por qué fuera de la ciudad?, ¿por qué al poniente o al sur?

La ciudad antes del campus

La utópica ciudad de los científicos universitarios, donde éstos habrían de enseñar a los estudiantes que la ciencia era el “instrumento más perfecto que la humanidad posee para crearse una vida de adelanto continuo” —a través de la experimentación, la generalización y la abstracción—, se proponía separar a la universidad de la ciudad de México porque las condiciones de las instalaciones universitarias, como las de la ciudad, y el bullicio social y político que en ella se vivían cotidianamente se oponían a la excelencia y a la disciplina que exigía el quehacer científico.

Los discursos y proyectos de las autoridades universitarias apuntan a la idea de que la centralización y la homogeneización espacial, que significaba la fundación de una nueva sede universitaria fuera de la ciudad, harían posible: *a)* colocar a la ciencia, y por tanto también a sus cultivadores, en el lugar preeminente que les correspondía dentro de la sociedad y dentro del espacio urbano, *b)* disciplinar y unificar los esfuerzos de esa comunidad científica y estudiantil, *c)* hacer más efectiva la enseñanza y la investigación, no sólo con nuevos métodos sino con espacios funcionales.

La idea de sacar a la Universidad de la ciudad hacía eco de la “utopía platónica de perseguir la razón fuera de los espacios de construcción del poder, del ágora y del mercado, avanzando más allá del sitio para establecer acuerdos políticos y del ámbito para

buscar ventajas académicas, hasta dar con el Jardín de *Akados*, mítico centro de instrucción de las afueras de Atenas que emblemiza la emergencia del saber en la Grecia clásica”.⁴⁷

Pero en términos urbanísticos, la tradición americana del campus fue la que se impuso entre los mexicanos. No resulta de poca importancia el hecho de que parte de la elite científica, entre quienes se encontraban Manuel Sandoval Vallarta, Nabor Carrillo, Carlos Graef y otros, hayan estudiado o sido huéspedes académicos en el MIT o en la Universidad de Chicago, y que, incluso, como lo hizo Alfonso Caso, hayan hecho visitas y estudios en los más importantes campus americanos con la idea de establecer uno semejante en México.

La Universidad americana creció bajo la noción de que su aislamiento y la separación de la ciudad eran cruciales para la innovación intelectual. Históricamente la comunidad universitaria había sido una elite dentro de la sociedad americana, viviendo en un espacio pastoral. Y persistió como tal, aun cuando durante y después de la Segunda Guerra Mundial adquirió mayores tareas públicas y se involucró en procesos económicos y políticos con implicaciones nacionales y globales. Así, la expresión espacial de la identidad de la universidad como un lugar planificado aparte de los asuntos del Estado y del comercio se mantuvo, mientras el campus crecía y las actividades de investigación se expandían.⁴⁸

Los estudiantes universitarios necesitaban paz, ambientes naturales que pudieran elevarlos moral e intelectualmente, y los ambientes urbanos no eran propicios para ello. En la búsqueda de ello, los americanos miraron hacia Oxford y Cambridge, y tendieron a establecer colegios y universidades en el medio rural, en pequeños pueblos o en las poco pobladas orillas de las ciudades.

En el tiempo de su fundación, según Margaret Pugh, las más prominentes universidades urbanas del siglo XX se establecieron deliberadamente en lugares que eran accesibles al centro comercial de la ciudad, pero después se movieron de ahí. Harvard representaba en las afueras de Cambridge más que el corazón de Boston; el cam-

⁴⁷ Gustavo Vallejo, *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y universidad (1882-1955)*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 2007, p. 42.

⁴⁸ Margaret Pugh O'Mara, *Cities of Knowledge. Cold War Science and the Search for the Next Silicon Valley*, Princeton, Princeton University Press, 2005, p. 93.

pus original de Pensilvania estaba a una escasa media milla del corazón mercantil de Filadelfia, pero en esta “walking city” tal distancia colocó el campus en las orillas urbanas. Más de un siglo después, la Universidad de Columbia fue fundada en una zona intermedia, parte suburbana del alto Manhattan, y Pensilvania abandonó su ya bastante urbana locación por un nuevo campus en los vecindarios suburbanos de las clases medias altas en la parte oriental de la ciudad.⁴⁹

Este rechazo a la ciudad por parte de la universidad privada se extendió al sistema de universidades estatales. En muchos estados las capitales no estaban en áreas urbanas, sino en locaciones remotas —Albany más que New York City, Harrisburg más que Filadelfia, Springfield más que Chicago—, creando una polarización política adicional entre la gran ciudad y el *hinterland* rural. Los políticos con frecuencia eligieron establecer los campus universitarios en estas pequeñas capitales rurales o incluso en espacios más bucólicos.⁵⁰

Richard Sennett ha relacionado el proceso de suburbanización norteamericano que siguió a la segunda posguerra —en el que cabe situar la fundación de universidades en la periferia de las ciudades—, como resultado de la imposición en el espacio de una ideología y moral conservadoras que interpretaban la vida en las ciudades como generadora de inestabilidad en el hogar y de inseguridad social. Así, a finales de la década de 1960, la vida comunitaria suburbana pasó a dominar las ciudades y creció “una imagen mitológica de la familia de hogares opulentos donde papá bebe demasiado, los niños carecen de afecto y se dan a las drogas, el divorcio campea por sus respetos, y las separaciones son cosa de rutina. Las buenas, antiguas familias rurales, en cambio, estaban supuestamente presididas por el amor y la seguridad”.⁵¹

En este sentido, el emplazamiento de las universidades en la periferia y el desarrollo de comunidades suburbanas compartieron la idea de que la diversidad y la posibilidad de experiencias sociales complejas que brindaban las ciudades se oponían al desarrollo cien-

⁴⁹ *Ibidem*, p. 60.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 61.

⁵¹ Richard Sennett, *Vida urbana e identidad personal. Los usos del orden*, Barcelona, Península, 2001, p. 104-105 [1a. ed. en inglés: Nueva York, Alfred Knopf, Inc., 1970].

tífico y a la estabilidad familiar. El aislamiento de la ciudad contribuía al control social que se requería en las aulas universitarias y en los hogares puritanos, para que floreciese el conocimiento y una sociedad libre de conflictos.

Me parece que, con sus debidas reservas, es posible pensar que esta idea adversa sobre la ciudad y la vida urbana estuvo presente también en la decisión de extraer y alejar a la Universidad Nacional de la ciudad hacia la periferia. Establecerla en un medio natural aislado de la urbe resultaba propicio para sustraer a la juventud universitaria de los “vicios circundantes” y para “germinar” las semillas de la ciencia en instalaciones *ad hoc* y, por extensión, las de una sociedad sin “conflictos”. Al respecto cabe traer aquí los testimonios de quienes, como el poeta Efraín Huerta y el arquitecto Teodoro González de León, supieron tomar el pulso del alma y el cuerpo de la capital mexicana.

En noviembre de 1937, a sus 23 años, Huerta retrató el influjo maléfico que la ciudad de México, al igual que las grandes urbes, ejercía entonces sobre sus jóvenes habitantes:

Las grandes ciudades engullen, destrozan y lanzan a los cuatro vientos los desechos de la juventud descuidada, tan propensa a la disipación, caída en la timidez y el encogimiento. El anhelo juvenil más puro se pierde en la madeja peligrosa e hiriente de las grandes poblaciones ensordecedoras. Cuando, después de conocer la miserable pequeñez de una provincia desteñida, pasa uno a vivir la tumultuosa agitación de las urbes modernas, el cuerpo y la impetuosidad como que se convierten en sueños, en cosas demasiado frágiles y desengañadoras. Muere uno o cambia, según el grado de presión externa. [...] México —los publicistas vociferantes dirán, dicen cosas distintas— es una ciudad turbia, desequilibrada, agotante. Es una ciudad con más virtudes que una salamandra, pero con menos defectos que un erizo.⁵²

A su vez, uno de los arquitectos que participó entonces en el proyecto del campus, Teodoro González de León, reconoció que

⁵² Efraín Huerta, “Los enemigos de la ciudad”, *El Nacional*, noviembre de 1937. Tomado de Efraín Huerta, *Palabra frente al cielo. Ensayos periodísticos (1936-1940)*, edición de Raquel Huerta Nava, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección de Literatura, 2015, p. 185-186.

dicho proyecto, inspirado en los campus universitarios norteamericanos, encerraba el doble propósito urbanístico de aislar a la comunidad universitaria de la decadente ciudad y de neutralizar así su creciente politización:

Pero todo tiene su fin, y el comienzo del fin se gestó en 1946, cuando Miguel Alemán, que tenía, como Mitterrand, la pasión por las grandes obras urbanas, deslumbrado por los campus del vecino del norte, piensa en uno más grandioso que sus modelos, situado en un escenario que lo aislaría naturalmente de la ciudad: el Pedregal de San Ángel. Hay que recordar que ese lugar de excepción del Valle de México —con su flora y fauna *sui generis*— ya había sido descubierto para usos urbanos por Luis Barragán. Ya nos había sorprendido con sus misteriosos jardines de los terrenos de muestra de lo que son los Jardines del Pedregal. El nuevo campus sería un edén de jardines, que ocuparía la joya de tierra vegetal donde cultivaban los ejidatarios de Copilco y estaría aislado de la ciudad por el mar de roca. Se abandonaría el viejo centro decrepito y sus oscuros edificios por aulas llenas de sol y vida. Era la misma promesa de las utopías del movimiento moderno de los años veinte, y de paso —esto no se decía— se anulaba la amenaza latente que representaba la presencia de la población estudiantil, progresivamente politizada, cerca de las oficinas gubernamentales.⁵³

Y en efecto, el “decrepito” centro de la ciudad de México no podía ofrecer el espacio utópico que las élites universitarias y gubernamentales imaginaban. Por el contrario, en su zona central, la ciudad padecía una escasez de espacios para la vivienda u otro proyecto urbano, y un acelerado deterioro de sus edificios, viviendas, calles y servicios debido a los efectos inflacionarios y a la voraz especulación inmobiliaria que experimentó la economía mexicana a causa de la Segunda Guerra Mundial. Las medidas que tomó el gobierno no hicieron sino empeorar esta situación.

Por ejemplo, para evitar que la especulación inmobiliaria perjudicara los proyectos de industrialización que había emprendido, decretó en julio de 1942 el congelamiento de las rentas de vivienda que un elevado porcentaje de familias pagaba. Esta medida, que no resolvió a fondo la escasez de oferta de vivienda, que se extendió aun después

⁵³ Teodoro González de León, “La vida del barrio universitario”, *A Pie. Crónicas de la ciudad de México*, año 3, n. 8, 2005, p. 21.

de terminada la guerra, no hizo sino alejar del centro a los inversionistas y aumentar radicalmente la densidad poblacional que se concentró en las viejas viviendas colectivas conocidas como “vecindades”.⁵⁴

A lo largo de la década de 1940, los cuarteles centrales de la ciudad derramaban sobre las calles de la ciudad a miles de gentes. Las colonias, por ejemplo, Centro, Merced, Obrera, Doctores y Buenos Aires llegaron a tener 30 000 habitantes por km², y la Lagunilla, Tepito y Exhipódromo de Peralvillo alrededor de 27 000 habitantes por cada km². Asimismo, se calculó que 31 de cada mil habitantes en esas colonias populares morían anualmente, mientras que en las colonias de clases medias en los rumbos poniente y sur el índice de mortandad era de 9 por cada mil.⁵⁵

Tales condiciones promocionaron la salida del centro y el poblamiento de la periferia urbana, pero la capacidad de los recursos de familias e individuos determinó el rumbo hacia el cual extendieron sus viviendas, negocios o industrias y, en muchos casos también, su filiación a organizaciones sociales a las que el gobierno concedía servicios o terrenos en las orillas de la ciudad a cambio de su lealtad política.⁵⁶

⁵⁴ La salida de la Universidad de las calles del centro de la ciudad de México contribuyó también a su deterioro. Éste fue un efecto imprevisto por los creadores y ejecutores de la idea de trasladarla fuera de la ciudad. El arquitecto Teodoro González de León lo reconocería años después. Cuando se le preguntó “¿Cómo ve la Ciudad Universitaria, a la distancia, como modelo de ciudad dentro de la ciudad?”, respondió: “Es extraordinaria. 700 hectáreas de infraestructura para la educación. Un modelo de ciudad planeada que le dio la vuelta al mundo. Significó el deterioro del centro, fue la contrapartida. Pero nadie lo hubiera previsto. Ninguno de los que intervinieron en el proyecto lo pensó. Y había experiencias anteriores que podrían haber dado pistas, pero no hubo ningún sociólogo, ningún antropólogo que advirtiera que eso podría haber pasado. No era la moda pensar en eso; también los sociólogos trabajan con la moda, como los arquitectos”. *Vid.* Entrevista, Mexicanos de Culto II, ciudad de México, 28 de septiembre de 2009, *Arquitectura*, en <http://tomo.com.mx/2009/09/28/teodoro-gonzalez-de-leon/>.

⁵⁵ Armando Cisneros Sosa, *La ciudad que construimos: registro de la expansión de la ciudad de México, 1920-1976*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1993, p. 89-93.

⁵⁶ Sobre el tema de la urbanización y el clientelismo político en la ciudad de México, *vid.* Cristina Sánchez Mejorada, *Rezagos de la modernidad: memorias de una ciudad presente*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2005, 416 p.; Diane Davis, *El Leviatán urbano. La ciudad de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, 530 p.

Fue así que, a grandes rasgos, los rumbos norte y oriente de la ciudad se poblaron de asentamientos populares, con un bajo nivel de planeación y de urbanización, y con severas irregularidades legales, auspiciadas por líderes políticos del partido gobernante, por autoridades locales y federales, por propietarios y especuladores inmobiliarios. Las organizaciones de colonos surgidas de estos asentamientos en demanda de servicios urbanos y de regulación de sus viviendas engrosaron la clientela política del Estado, que se acrecentó con los proyectos de vivienda colectiva —construidos, siguiendo el modelo de las “cajas de vivir” de Le Corbusier, por Mario Pani, uno de los arquitectos de la CU— para la burocracia financiados con recursos públicos.

En cambio, los rumbos poniente y sur se fueron poblando con fraccionamientos residenciales para clases medias de alta rentabilidad, a cargo de compañías inmobiliarias extranjeras y nacionales, que invirtieron grandes recursos y planificaron todos los detalles. Asimismo, se construyeron o ampliaron vialidades que valorizaron las tierras antes destinadas a vivienda, y dieron lugar a oficinas, supermercados, tiendas de autoservicio, oficinas y servicios para clases medias.

Fue el caso de las avenidas Insurgentes, que conectaba los extremos norte y sur de la ciudad, la calzada Mariano Escobedo hacia el poniente y hacia el sur la avenida Dr. Vértiz. Además, en 1941 una nueva ley orgánica del Departamento del Distrito Federal redefinió los límites urbanos y dentro de éstos se incluyó el Pedregal de San Ángel —sobre cuyos terrenos se edificaría en la siguiente década la CU— como límite de la ciudad de México al sur.

La densidad poblacional en estos rumbos de la ciudad era muy inferior comparada con la del centro de la ciudad. En 1951, el promedio general de densidad poblacional en todos los distritos de la ciudad de México era de 245 personas por cada hectárea. Los niveles más altos se concentraban en el centro de la ciudad con 508 personas por hectárea. En las zonas residenciales preferidas por las clases medias de profesionistas la densidad disminuía, como en San

Ángel (174 por hectárea) y Coyoacán (82). En el Pedregal era todavía más baja.⁵⁷

En este contexto urbano, la decisión de las elites universitarias de establecer fuera de la ciudad de México, en el Pedregal de San Ángel, en el límite sur de la ciudad, la utópica ciudad universitaria fue una decisión casi “lógica”, “natural”, “inevitable”. Pero, además de una correcta localización, construir una ciudad implica dinero, poder. En el caso de la sede para la mayor de las universidades públicas mexicanas estos recursos —casi 25 millones de dólares— fluyeron de las arcas públicas gracias a las relaciones de poder que universitarios y gobierno federal lograron entretejer. ¿Cómo articularon Universidad y Estado sus intereses en el espacio de la ciudad?⁵⁸

Universidad y Estado

El proceso mediante el cual la Universidad y el Estado mexicano estrecharon sus relaciones y colaboración, se asemeja en algunos aspectos al experimentado en los Estados Unidos, donde ambas entidades se asociaron en varios momentos de su historia para vincular la enseñanza y la investigación universitarias a la satisfacción y la atención de las necesidades nacionales.⁵⁹

⁵⁷ A. Pérez-Méndez, “Advertising Suburbanization in Mexico City: El Pedregal Press Campaign (1948-65) and Television Programme (1953-54)”, *Planning Perspectives*, v. 24, n. 3, julio 2009, p. 370.

⁵⁸ La afirmación del poder en el espacio urbano fue tema de la entrevista que se hizo años después al arquitecto Teodoro González de León, quien a la pregunta “¿El culto a la arquitectura está en entender que construimos una ciudad, un país, al hacer un buen hospital, una buena escuela, una buena guardería?”, respondió: “Es parte de la infraestructura que crea la ciudad. Uso la palabra infraestructura en el sentido que hay una parte pública de edificios que forman espacios urbanos que hacen ciudad. Si el Estado no se manifiesta en la ciudad, desaparece. En las ciudades europeas el Estado, el poder, está presente en el espacio público y lo conforma. Cuando esa presencia no es aplastante, creo que es bueno”. *Vid.* Entrevista, Mexicanos de Culto II, ciudad de México, 28 septiembre 2009, *Arquitectura*, en <http://tomo.com.mx/2009/09/28/teodoro-gonzalez-de-leon/>.

⁵⁹ La historia de las relaciones entre Estado y Universidad en los Estados Unidos es magistralmente analizada por Clark Keer, *The Uses of the University*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2001, 261 p. *Vid.* especialmente el capítulo “The Realities of the Federal Grant University”.

En particular, la vocación de “servicio” de las universidades americanas se reafirmó a mitad del siglo XX cuando en tiempos de guerra varios laboratorios universitarios —como el Lincoln Laboratory del Massachusetts Institute of Technology, el Argonne de Chicago y el Lawrence Radiation Laboratory de California— fueron reclutados para apoyar la defensa nacional y el desarrollo científico y tecnológico como nunca antes, pues durante la Primera Guerra Mundial las universidades habían sido únicamente una fuente de reclutas.⁶⁰

Por el contrario, después de la Segunda Guerra Mundial, durante la llamada Guerra Fría, la colaboración entre universidades y gobierno fue muy estrecha, pues la nueva fuente de riqueza, que sustituiría la pérdida durante la guerra, fue el descubrimiento, manufactura y venta de nuevos productos. Este giro en la industria requería investigación básica y aplicada.⁶¹ Así, fluyeron enormes recursos federales hacia las universidades destinados al desarrollo de ciudades del conocimiento, es decir, a la investigación y el desarrollo tecnológico. Según O'Mara, “estos recursos fueron de tal magnitud que ampliaron y redefinieron el concepto de ciencia en la Unión Americana para abarcar actividades que eran parte del interés en la seguridad nacional, así como en el bienestar económico. Fue así como la Guerra Fría trajo nuevas oportunidades a las universidades para investigar y a los científicos profesionales para trabajar en y vinculados a ellas.”⁶²

En México, en la época de la guerra y la posguerra las relaciones entre el Estado y la Universidad habían adquirido nuevos términos también, luego de un interregno —entre 1933 y 1945— en que la Universidad perdió el soporte financiero del Estado y vivió serios

⁶⁰ *Ibidem*, p. 36 y 37. Algunos de los impulsores del Instituto de Ciencias Físicas y Matemáticas, fundado en 1938 en México, que se dividió al año siguiente en Instituto de Física e Instituto de Matemáticas —Manuel Sandoval Vallarta— estudiaron en el Massachusetts Institute of Technology. *Vid.* Gisela Mateos, *et al.*, “Una modernidad anunciada: historia del Van De Graaff de Ciudad Universitaria”, *Historia Mexicana*, v. 62, n. 1, 2012, p. 415-442.

⁶¹ Aunque muy pronto sería superada por máquinas más ágiles y comerciales, la supercomputadora ENIAC (Electronic Numerical Integrator and Calculator), construida en la Universidad de Pensilvania en 1946, fue el símbolo emblemático del efecto catalítico que tendría la investigación militar sobre la tecnología civil y el papel impulsor de la investigación universitaria como lugar idóneo para el desarrollo tecnológico. *Vid.* Pugh O'Mara, *Cities of Knowledge...*, p. 25.

⁶² *Ibidem*, p. 27.

problemas para sostenerse y para arreglar su gobierno interior.⁶³ Fundamentalmente, la Segunda Guerra Mundial vinculó el aparato productivo nacional a la demanda de bienes manufacturados que la industria norteamericana dejó de producir, coyuntura que el gobierno mexicano quiso aprovechar para el fomento de una industrialización basada en la sustitución de importaciones.

Dentro de este proyecto la Universidad se convirtió en uno de los puntales del nuevo patrón de desarrollo y en mecanismo idóneo de movilidad social, lo que en otros términos significó que los nuevos proyectos del gobierno se centraron en la expansión y el mejoramiento de las clases medias urbanas.⁶⁴

Bajo esta nueva situación, el equilibrio de fuerzas al interior de la Universidad cambió y propició la integración de su sector más liberal a los proyectos y tareas del gobierno en diversos niveles de responsabilidad y le dio un enorme poder para moldear la organización política de la Universidad.⁶⁵

La oportunidad para ello se presentó a raíz de un conflicto estudiantil que derivó en la intervención del presidente de la República y concluyó con la expedición de una nueva Ley Orgánica en 1945, vigente hoy en día, en la cual se garantizó la autonomía, el subsidio del gobierno y la preeminencia de las autoridades ejecutivas —Junta de Gobierno y rector— sobre los cuerpos colegiados de estudiantes, profesores, inves-

⁶³ Sobre la trayectoria y vínculos de las elites universitarias y las relaciones entre éstas, la Universidad y el Estado mexicano, *vid.* Fidel Astorga, “La élite de la Universidad Nacional. Trayectoria e ideas de los rectores de la UNAM, 1945-1970”, *Política y Cultura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, n. 9, 1997, p. 71-100.

⁶⁴ Un contexto más amplio de la época puede verse en J. M. Covarrubias (coord.), *La UNAM en la historia de México. VI. De la apertura de cursos en Ciudad Universitaria al final del rectorado de Javier Barros Sierra: la época del optimismo en el siglo XX (1954-1970)*, 7 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011; y Stephen R. Niblo, *Mexico in the 1940s...*

⁶⁵ Bajo el gobierno del presidente M. Ávila Camacho, el exrector Gustavo Baz fungió como secretario de Salubridad y Asistencia; Manuel y Antonio Martínez Báez, respectivamente, fueron presidente de la Comisión Nacional Bancaria y subsecretario de la SSA; Alfonso Caso, director de Educación Superior en la SEP; Jesús Silva Herzog, director financiero de la Secretaría de Hacienda; José Torres Torija e Ignacio Chávez, directores del Hospital General Juárez y del Instituto Nacional de Cardiología. *Vid.* Imanol Ordorika, *La disputa por el campus...*, p. 79.

tigadores y trabajadores, estructura de gobierno que se asemejaba mucho al control corporativo que ejercía el presidente de la República en todo el país a través de las estructuras locales, estatales y regionales del partido gobernante y, en particular, en la ciudad de México a través del jefe del Departamento del Distrito Federal, quien desde 1929 suplió el gobierno local electo y era designado por el presidente.

Así, con el respaldo político y financiero del Estado, las elites universitarias liberales lograron hacer de la Universidad una institución despolitizada, o al menos una en la que sus estatutos de gobierno interior no permitieron que los derechos políticos de estudiantes, profesores y trabajadores amenazaran los intereses de sus autoridades centrales. Ciertamente, los estudiantes continuarían desplegando una y otra vez su activismo político, pero casi siempre como comparsas en las pugnas internas entre funcionarios de la Universidad o del gobierno cuando a éstos convenía. Prevalecía, sin embargo, la necesidad de nuevos espacios e instalaciones, es decir, faltaba el disciplinamiento espacial de la vida universitaria. Su consecución sería menos difícil bajo el nuevo marco de cooperación entre las elites políticas y científicas.

El arquetipo del campus y sus tensiones sociales

Como hemos visto, en los Estados Unidos la construcción de campus universitarios fue la expresión espacial y urbana de la incorporación de la Universidad en el desarrollo económico y urbano nacional. La inversión pública en investigación básica y aplicada creció notablemente después de 1945. Una de las consecuencias de esto fue que las universidades y el conocimiento que producían se convirtieron en un activo económico para los lugares donde se establecieron, convirtiendo a éstos en centros de crecimiento económico y de producción científica.⁶⁶

Asimismo, al erigirse en los suburbios, los campus universitarios se convirtieron en alternativas al caos y a la corrupción de la ciudad mercantil e industrial, cambiando en forma radical el paisaje urbano

⁶⁶ Pugh O'Mara, *Cities of Knowledge...*, p. 58.

nacional. A la larga, las áreas suburbanas se beneficiaron de la expansión de las ciudades centrales, y el sur y poniente crecieron mientras el norte y el medio oeste se estancaron o declinaron.

Sin embargo, en el compromiso de las universidades con el desarrollo económico nacional subyacían varias tensiones. La primera, dice Pugh O'Mara, fue la *tensión de su localización*. Muchas de las instituciones de investigación prominentes permanecieron en las ciudades. Pero en una era de desarrollo económico apoyado en la ciencia, las universidades se convirtieron en redentoras económicas capaces de centralizar el éxodo de residentes de clase media y trabajadores de cuello blanco a los suburbios. En este contexto algunos pensaban que las universidades no sólo podrían generar “ciudad” ahí donde se establecieran, sino que deberían hacerlo de una mejor manera sirviendo como modelos para el desarrollo urbano, pues habían extendido su influencia para convertirse en el centro de una gran Ciudad del Intelecto, y ello los obligaba a asumir no sólo las ventajas de su posición urbana, sino también su responsabilidad en el desarrollo de una civilización urbana y regional.⁶⁷

Pero en esta redefinición de la Universidad como ciudad en sí misma y como parte integral del paisaje urbano había una *tensión espacial* inherente al nuevo papel asignado a la investigación universitaria como motor del desarrollo económico. No obstante las grandes responsabilidades económicas y sociales que ello supuso para la Universidad, se mantuvo la idea de dotarla de un lugar exclusivo, separado y aislado del mundo exterior, lo cual contradecía su misión intelectual fundamental.⁶⁸

Esta separación fue establecida desde tiempo atrás a través de tradiciones arquitectónicas y de planeación que influyeron en la decisión tanto de las universidades como de las industrias científicas, sobre el diseño y la arquitectura para la ampliación de los campus universitarios y sobre la forma de los distritos industriales y de las comunidades de sus alrededores.⁶⁹

⁶⁷ *Ibidem*, p. 59.

⁶⁸ *Idem*.

⁶⁹ *Idem*.

Una tercera tensión, dice Pugh O'Mara, que corrió a través de este proceso fue la de *definir* lo que significaba la “investigación universitaria”. Fue un término monolítico que abarcaba un amplio y variado rango de sujetos institucionales: las instituciones de mayor *ranking*, que obtenían la mayor parte del presupuesto público federal, y las escuelas de mediano *ranking* que estaban tratando de meterse dentro del selecto grupo de aquéllas. Éstas incluían universidades establecidas en el centro de sus ciudades, y universidades en suburbios y pequeños pueblos, y escuelas en los cinturones industriales en declive o en ascenso. Del mismo modo, la definición incluía tanto a las universidades privadas como a las públicas. Así, la capacidad de una universidad para actuar como una fuerza positiva en el desarrollo regional dependía del lugar que ocupaba dentro de esta amplia definición, una distinción que frecuentemente se perdió en los intentos de los líderes locales, estatales o federales para construir estrategias de desarrollo industrial alrededor de estas instituciones.⁷⁰

Al final, el gasto federal en ciencia, a partir de 1945, cambió radicalmente la estatura de los científicos, el papel de las universidades y la capacidad tecnológica del sector manufacturero americano. En este contexto, la idea de establecer una “comunidad de especialistas” fue muy lógica, y explica también que el sector público apoyara iniciativas que, si bien estaban dirigidas a combatir el desempleo regional y la pobreza urbana, crearon ambientes privilegiados —rodeados de vegetación, placenteros, modernos y homogéneos— para científicos privilegiados.⁷¹

La Ciudad Universitaria de la UNAM reúne estas tres tensiones, aunque de una forma sui géneris. Su excepcionalidad abarca tanto su posición prominente dentro del sistema educativo y científico nacional como el lugar y las cualidades de su emplazamiento y su diseño y planeación urbano-arquitectónica. Los fondos para su construcción —casi 25 millones de dólares— fueron suministrados, entre 1945 y 1954, por tres presidentes de la República, lo cual de entrada puso en desventaja el desarrollo del resto de las universidades

⁷⁰ *Idem.*

⁷¹ *Ibidem*, p. 92.

públicas y privadas y generó una tensión institucional entre éstas que no dejaría de manifestarse en los años subsecuentes.

Si bien ha contribuido al desarrollo de la ciencia y la cultura a nivel nacional, a nivel local su impacto urbano económico se tradujo en negocios inmobiliarios en su entorno que beneficiaron a los sectores medios de la ciudad. Por las características de la ciudad, del suelo donde se encuentra, de sus dimensiones, formas y arquitectura constituye un ambiente urbano privilegiado en el contexto de la ciudad, es decir, es un modelo de ciudad, pero excepcional, como ha sido el beneficio que representa en términos urbanos para las clases medias de los fraccionamientos aledaños a ella. ¿Cómo se construyó esta excepcionalidad urbano-social?

Imaginarios y emplazamiento urbano

Si atendemos su emplazamiento al sur de la ciudad de México, es posible reconocer uno de los significados históricos de la CU. Éste obedeció, por un lado, a la lógica histórica de la configuración socioespacial de la ciudad de México. Erráticas políticas públicas, la especulación inmobiliaria, la equívoca labor de arquitectos y urbanistas y la corrupción de inversionistas, habitantes, autoridades, políticos y líderes sociales habían instaurado, desde tiempos porfirianos, la segregación de la sociedad en el espacio como principio rector de la urbanización del valle de México.

Así, en los rumbos norte y oriente predominaban los asentamientos de alta densidad, baja inversión y deficiente calidad en su urbanización, mientras que, por el contrario, al sur y al poniente predominaban fraccionamientos de menor densidad, alta inversión y mayor calidad en su urbanización. En este contexto, el emplazamiento de la CU al sur de la ciudad de México significó continuar privilegiando la urbanización de alta rentabilidad y perpetuando la injusticia espacial entre sus habitantes.

Además, este emplazamiento también tomó en cuenta los negocios urbanos que potenciaría la urbe universitaria en una zona donde Luis Barragán Morfín y Carlos Contreras, no mucho antes, habían materializado el proyecto de construir para las prósperas clases

medias, hijas del “milagro mexicano”, “un santuario contra la opresión del mundo moderno”: el fraccionamiento residencial Jardines del Pedregal de San Ángel, ahí donde alguna vez Diego Rivera soñó con establecer “una zona residencial de primera categoría de la ciudad de México” aprovechando el suelo rocoso y el alto potencial paisajístico del Pedregal,⁷² potencial que no desaprovechó el entonces presidente de la República, Miguel Alemán Valdés, quien tuvo inversiones en este desarrollo inmobiliario.

Pero en otro sentido, el emplazamiento de la CU en el Pedregal de San Ángel y las características de su arquitectura y urbanización, únicas entonces en la ciudad y hoy en el mundo, son la respuesta que la ciencia universitaria acertó a dar a una época en la que las contradicciones políticas, sociales y urbanas producidas por el autoritarismo del régimen posrevolucionario se manifestaban en la producción de una sociedad urbana con graves desigualdades. Así, la CU era evidencia de que México podía construirse un futuro mejor, lejos del desorden, el autoritarismo y la desigualdad en que vivían los capitalinos y los mexicanos.

Por lo demás, ningún otro lugar del valle de México hubiese permitido a las elites políticas y universitarias explotar sus cualidades simbólicas para alimentar el imaginario nacional en el convencimiento de que la construcción de la sede universitaria en ese lugar representaba el triunfo del poder de la ciencia⁷³ y del poder del Estado posrevolucionario en aras de la redención y del progreso nacional, pues mediante la acción concertada de ambos se hizo resurgir del mar de lava la grandeza de la cultura mexicana.

En 1943 el entonces rector Rodolfo Brito intentó, sin éxito, comprar los que serían los terrenos sobre los que se iba a levantar la nueva urbe universitaria y que pertenecían a ejidatarios de Copilco

⁷² De acuerdo con Laura González Flores, Barragán siguió los postulados que alguna vez Diego Rivera expresó para construir un fraccionamiento urbano residencial en el Pedregal. *Vid.* Laura González Flores, “De retos y exploraciones: palabra e imágenes de Armando Salas Portugal”, en A. Salas Portugal, *Morada de lava. Las colecciones fotográficas del Pedregal de San Ángel y la Ciudad Universitaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 32.

⁷³ Sobre las características y los resultados de la investigación científica en la UNAM, *vid.* *La ciencia en la UNAM a través del subsistema de la Investigación Científica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, 175 p.

y Tlalpan. La compra, mediante expropiación, se concretó en noviembre de 1946.

Dichos terrenos se distribuían dentro de la extensa área cubierta por corrientes de lava volcánica conocida como Pedregal de San Ángel,⁷⁴ que en la década de 1950 todavía era llamado a veces Pedregal de Tlalpan, Pedregal de Coyoacán, Pedregal de Eslava y, mucho tiempo atrás, también fue conocido como Pedregal de San Agustín de las Cuevas. Se sitúa en el rincón suroeste de la cuenca hidrográfica conocida como valle de México y abarcaba una extensión aproximada de 80 km².

Administrativamente su extensión se dividía entre las delegaciones Villa Álvaro Obregón, Coyoacán, Tlalpan y Contreras. Por el sur colinda con el macizo central del Ajusco, por el oeste con la Sierra de las Cruces en su porción correspondiente al Monte Alegre. En su borde noroeste se situaban los poblados de Eslava y Contreras; más al norte San Jerónimo, Tizapán, Villa Obregón y Coyoacán. En las lavas de la orilla este se ubicaban los pueblos de Los Reyes, La Candelaria, San Pablo, Santa Úrsula, Huipulco, Tlalpan, Chimalcoyoc, San Pedro, San Andrés y La Magdalena.⁷⁵

El difícil acceso al terreno y sus escasas posibilidades de explotación mantuvieron alejados por mucho tiempo el interés y la acción humanas a gran escala dentro del Pedregal, que por años se redujo al pastoreo, quema de pastos, tala y cultivo. Todavía hacia 1954, según Rzedowski, se “conservaban bastante bien extensiones grandes del Pedregal con una vegetación casi sin modificar”.

En general, para los botánicos los pedregales representan lugares especialmente privilegiados para el desarrollo de una flora muy rica y variada y, dentro de México, el de San Ángel era el que más había llamado su atención, pues dentro de los 80 km² que abarcaba

⁷⁴ Según Rzedowski, no fue el Xitle el que arrojó las grandes cantidades de lava del pedregal. Acaso expulsó probablemente grandes cantidades de cenizas y de otro material magmático suelto, cuyos restos todavía en 1954 podían encontrarse en sitios cercanos al volcán. Las enormes masas de lava fueron arrojadas por “bocas parásitas” ubicadas alrededor del Xitle. *Vid.* Jerzy Rzedowski Roter, *Vegetación del Pedregal de San Ángel*, México, Instituto Politécnico Nacional, Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, 1954, p. 7.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 3.

vivía el número de especies más elevado que en cualquier otra área de igual extensión dentro del valle de México.⁷⁶

El botánico y colector Cyrus Guersney Pringle, por ejemplo, en la década de 1930 apuntó:

[...] pero fue sobre todo el lecho de lava, o pedregal (lugar de rocas), tan a menudo mencionado en la obra de Hemley, el que me mantuvo ligado a la ciudad de México hasta el final de la temporada [...] todavía se encuentra y, parece que para siempre, seguirá siendo un indomable coto salvaje, natural, en cuyos abrigados e inaccesibles refugios innumerables especies de plantas se perpetúan con seguridad [...]. Plantas que había conocido en lugares remotos vinieron a mi vista, las plantas de cima de la montaña, de llanura y de valle [...]. ¡Qué gran parque natural y único en el pedregal, bien situado al lado de una ciudad populosa, y cuán deseable que un parque público esté apartado, lejos de la expoliación del leñador y estar abierto ampliamente para viajar!⁷⁷

Sin embargo, desde la década de 1940 el virginal aislamiento del Pedregal comenzó a perderse por la invasión de sus terrenos a cargo de los poblados situados en los límites de la lava. Pero la magnitud e impacto urbano de estas invasiones sobre el medio natural del Pedregal fueron menores, comparadas con las grandes transformaciones e inversiones que implicaron, primero, el establecimiento del “Fraccionamiento del Pedregal de San Ángel” —que tras siete años de haber iniciado en 1947, ya había extendido su urbanización sobre 4 km² en 1954— y, luego, la construcción de CU “que no obstante estar situada en principio sobre dos grandes claros, ha[bía] modificado totalmente la fisonomía de los terrenos circundantes”.⁷⁸

⁷⁶ *Ibidem*, p. 16.

⁷⁷ Traducción mía de: “but it was chiefly the lava beds, or pedrigal (place of rocks) so often mentioned in Hemley’s work, wich held me so closely about Mexico City till the end of the season [...] it still lies and must ever remain an untamable wild, natural preserve, in whose sheltered and inaccessible resesses numberless species of plants perpetuate themselves in security [...]. Plants whose acquaintance I had made in remote states came in view, plants of mountain top, of plain and of valley [...]. What a vast and unique natural park in the pedrigal, lying close beside a populous city, and how desirable that it be set apart for a public park, be saved from further spoliation by the woodcutter and be more extensively opened to travel”, citado en Jerzy Rzedowski Roter, *Vegetación del Pedregal...*, p. 2.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 6.

Los terrenos expropiados para la CU tenían una extensión de 733 hectáreas, de las cuales apenas dos se utilizaban para el cultivo, porque el resto estaban cubiertas de lava.

A diferencia del parecer de los botánicos, para quienes el pedregal guardaba un conjunto de cualidades que hacían de él un lugar rico en vegetación y único, para el gobierno mexicano no se trataba sino de tierras infértiles que cobrarían vida gracias al sacrificio del pueblo y al poder creador del Estado posrevolucionario pendiente de la redención de las mayorías. A su vez, para los arquitectos, más cercanos en su percepción a los botánicos, se trataba de una morada, de un santuario vegetal y de lava que, a través de la acción creadora de la arquitectura y el urbanismo modernos, daba la oportunidad a México de reconciliarse con la grandeza de su pasado prehispánico y de proyectarlo al futuro fortalecido por esa reconciliación. Ambos imaginarios se difundieron en el ánimo colectivo.

En una entrevista concedida meses antes de inaugurar la CU, el presidente Miguel Alemán dejó en claro la concepción que tenía sobre el poder de fecundación y disciplina social que las elites gobernantes asignaban al Estado y al conocimiento científico: “El gobierno de la república no ha escatimado los medios económicos para crear, en lo que era un páramo, un centro de cultura que mucho nos satisface que propios y extraños comprendan y elogien”.⁷⁹ El sacrificio del pueblo, según el presidente, ameritaba una obra destinada a “salvar la cultura [...] para preparar disciplinadamente a hombres y mujeres imbuidos en la idea de que el saber y los progresos intelectuales y científicos imponen, a quienes los adquieren, una mayor responsabilidad de servicio para sus semejantes”.⁸⁰

Las metáforas empleadas por el presidente —“páramo” y “salvar la cultura”— pueden tener, en el contexto histórico hasta aquí reseñado, dos posibles significados. La acción constructora del Estado sobre un “páramo” sugiere que éste podía hacer fecundas las tierras infértiles del Pedregal de San Ángel, pero no para hacer nacer frutos o vegetales, sino para arraigar en su suelo la cultura y la ciencia na-

⁷⁹ “Mensaje sobre la ciudad universitaria del presidente Miguel Alemán, 9 de agosto de 1952”, *Pensamiento y destino de la Ciudad Universitaria de México*, México, Imprenta Universitaria, 1952, p. 9.

⁸⁰ *Idem.*

cionales cuyo seno, se daba por sentado, radicaba en la Universidad. Mientras que “salvar la cultura” habla de una acción de rescate, quizá de la ciencia amenazada por los edificios ruinosos e inadecuados de sus instalaciones en el viejo centro de la ciudad de México y por los vicios y desenfreno político de la población estudiantil.

Pero mientras que para el presidente Miguel Alemán, desde su pragmatismo y retórica política, la flora y fauna del Pedregal no constituían sino parte de un páramo, los arquitectos e ingenieros creadores de la CU concibieron al Pedregal como “un raro producto de la naturaleza no fácil de encontrar en cualquier parte del mundo [...] ha sido el manto amoroso que ha cubierto la primera cultura de América”. Sin embargo, “su desaparición bajo los nuevos edificios sólo podía justificarse por la creación de ese otro mundo nuevo y dinámico de la cultura, pivote y eje de toda la vida nacional: por la creación de la nueva Universidad Nacional”.⁸¹

El pragmatismo presidencial explica que no se hayan escatimado los recursos de la nación para construir sobre el desierto de lava una ciudad de la ciencia y el conocimiento, pensada para beneficiar a esa abstracción llamada “pueblo”, “México”, pero también para beneficiar los intereses concretos que socios del propio presidente de la República tenían en el fraccionamiento residencial (*garden suburb*) “Jardines del Pedregal”, situado junto a la CU.

Desde que se fundó éste en 1947 no había logrado consolidarse como la opción habitacional de las clases medias altas, por lo que sus desarrolladores —el afamado arquitecto Luis Barragán y los empresarios Luis y José Alberto Bustamante— cambiaron la oferta hacia la clase media baja, principalmente profesionistas, y explotaron la cercanía de la CU para atraer compradores e inversionistas en los Jardines del Pedregal.⁸²

⁸¹ Ricardo Rovina, “El Pedregal de San Ángel”, *Arquitectura México*, n. 39, septiembre de 1952, p. 337. Rovina fue el arquitecto que tuvo a su cargo el diseño del Proyecto de Iglesia como parte del proyecto de conjunto de CU.

⁸² Miguel Alemán, antes de ser presidente había hecho una fortuna con varios negocios. En sociedad con los hermanos Bustamante tenía negocios inmobiliarios dentro y fuera de la ciudad de México. *Vid.* A. Pérez-Méndez “Advertising Suburbanization in Mexico City: El Pedregal Press Campaign (1948-65) and Television Programme (1953-54)”, *Planning Perspectives*, v. 24, n. 3, julio 2009, p. 370.

Por su parte, la comunidad universitaria a cargo del proyecto de la CU pensó en emplear otros medios —al menos no sólo el dinero y las relaciones políticas— para fertilizar el suelo del Pedregal y sembrar la simiente de un México moderno, urbano y sabio. El acto más simbólico de esa apuesta, a la que habían convocado a los mejores profesionales de México, fue que la primera piedra que sembraron fue, precisamente, la del Instituto de Ciencias, lo cual revela la fe inquebrantable que tenían en la ciencia, o tal vez el predominio que tenía ese sector universitario en la toma de decisiones, visible de algún modo en el hecho de que después de la Rectoría era el edificio preponderante del conjunto central en 1954.

A decir de Keith Eggener, la posguerra fue para México una época de grandes influencias y transformaciones, las cuales se manifestaron precisamente en su ciudad capital. Ejemplos de esta transformación urbana, arquitectónica y cultural son la pintura *La ciudad de México* (1947) de Juan O’Gorman, el campus de CU, los Jardines del Pedregal de Barragán (1949) y las Torres de Ciudad Satélite (1957-1958) que, tomadas en conjunto como una secuencia de eventos urbano-arquitectónicos, representan “una ciudad que cambia sus energías constructivas del centro a la periferia, de la revolución a la mercantilización, de la historia a la nostalgia. Una ciudad, en palabras de Carlos Fuentes, ‘vieja en las luces’, anidada en ‘cuna de aves agoreras’, ‘tejida en la amnesia’”.⁸³

Pero si algo caracteriza a CU es, precisamente, la reminiscencia del pasado prehispánico que hay en su diseño y materialidad y su afán de futuro. En su conjunto el nuevo campus universitario empleó en sus soluciones urbanísticas y arquitectónicas tanto los principios de composición modernista, postulados en la Carta de Atenas de 1933⁸⁴ adoptada por los congresos internacionales de Arquitectura Moderna, como los propuestos por Le Corbusier.

⁸³ Keith Eggener, “Settings for History and Oblivion in Modern Mexico: 1942-1958”, en Jean-François Lejeune (ed.), *Cruelty & Utopia. Cities and Landscapes of Latin America*, Bruselas/Nueva York, International Centre for Urbanism, Architecture and Landscape/Princeton Architectural Press, 2003, p. 228. Las palabras que Eggener cita de Carlos Fuentes son de su novela *La región más transparente* (1958).

⁸⁴ La Carta de Atenas postulaba que los urbanistas debían tener presentes en sus planes la topografía los materiales locales, las condiciones económicas, las necesida-

De igual modo adoptó las estrategias autóctonas, tales como las terrazas, reminiscencia del urbanismo precolombino, la axialidad del plan general, los espacios grandes y abiertos y una serie de grandes murales que muestran el orgullo racial, el progreso tecnológico y el respeto a los antepasados prehispánicos.

De acuerdo con Edward Burian, el propósito de esta recuperación del urbanismo y la plástica indígenas fue transmitir la idea de que México estaba de regreso en la Civilización después de haber sido dejado de lado en las épocas coloniales y poscoloniales, lo que implicaba un sentido de legitimación del presente.⁸⁵ No obstante, la recuperación del pasado prehispánico en la solución urbanística y arquitectónica de CU me sugiere no sólo un supuesto homenaje o reverencia a la grandeza de las culturas indígenas. No deja de llamar mi atención que un régimen como el posrevolucionario —centralista, antidemocrático y autoritario— junto con las autoridades universitarias que avalaron e impulsaron el proyecto de CU se identificaran con sociedades del pasado que se sustentaron precisamente en una concentración de poder político, militar y religioso, el cual se proyectó en sus ciudades y espacios urbanos.

No obstante, la arquitectura y la planificación de CU se destinaron, dice Eggener, a acoger y lograr un cambio social fundamental en el México de aquellos años: ayudar a preparar “el nuevo mexicano”. Fue la obra maestra de los logros del gobierno mexicano en la modernización del país desde la Revolución y, en la escala de su ambición, fue casi lo que su nombre anuncia: una ciudad en sí misma.⁸⁶

Y así fue, CU comenzó a formar en sus aulas a los nuevos mexicanos que el país necesitaba, empero su poder aleccionador como ciudad paradigmática fracasó, pues los principios urbanísticos que la modelaron no tuvieron eco en las políticas públicas de urbanización del conjunto de la ciudad de México.

des sociales y los valores espirituales, la funcionalidad, las áreas verdes, la zonificación y la circulación del tráfico vehicular; principios todos ellos aplicados escrupulosamente por Mario Pani y del Moral. *Vid.* K. Eggener, “Settings for History...”, p. 231.

⁸⁵ Edward R. Burian, “Modernity and Nationalism: Juan O’Gorman and Post-Revolutionary Architecture in Mexico, 1920-1960”, en Jean-François Lejeune (ed.), *Cruelty & Utopia...*, p. 219.

⁸⁶ Keith Eggener, “Settings...”, p. 231.

Más aún, los componentes residenciales de su plan original fueron suprimidos y se erigió como un oasis urbano, arquitectónico y social, respecto de la deteriorada ciudad central de la que se extrajo a sus profesores, empleados, autoridades y estudiantes.

Habiendo vuelto México, en aquellos años, a ser país de un solo hombre (el presidente), siendo el espectro político dominado por un solo partido (el PRI), gobernada la capital del país por un solo funcionario designado no electo (el jefe del DDF), no resultaba fuera de lugar que la CU se erigiera, por la voluntad de su dueño (el presidente de la República), lejos de la vieja ciudad, para huir de las incomodidades, del lugar histórico de la disidencia y de los vicios circundantes, para cumplir una sola función: proporcionar educación superior.⁸⁷

Como quiera que haya sido, a través de la modernidad artística, libertad propositiva, adaptación del funcionalismo corbusiano, luminosidad, robusta unidad arquitectónica, horizontalidad, transparencia constante, interrelación espacial del interior con el exterior, empleo extensivo de materiales locales, con tradicionales y modernos, una interpretación plástica prehispánica y la adecuación topográfica al sitio,⁸⁸ los creadores de la Ciudad Universitaria dotaron a ésta de un lenguaje urbano, arquitectónico y artístico, cuya grandiosa y esplendente materialidad pretendía encarnar la voz del espíritu de México.

La ciencia fue el lenguaje que reconectaría a los mexicanos con su pasado civilizatorio, no sólo estableciendo el templo para su cultivo en un lugar simbólico, geológica e históricamente —el desierto de lava remitía al origen del mundo y los vestigios cercanos de Cuicuilco remitían al origen de la civilización en el valle de México—, sino también mediante el lenguaje de la ciencia de la ciudad —el urbanismo y la planeación— se resucitaría el urbanismo, la arquitectura y el arte de las civilizaciones prehispánicas para construir el nuevo templo del saber científico cuyo máximo sacerdote era el Estado mexicano y sus auxiliares los arquitectos y urbanistas que sabían leer los códigos y el lenguaje del pasado arquitectónico y urbanístico de México.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 232.

⁸⁸ Una síntesis de las cualidades urbano-arquitectónicas de la CU se encuentra en Enrique X. de Anda, *Historia de la arquitectura mexicana*, 2a. ed., Barcelona, Gustavo Gili, 2008, 276 p.

Ese nuevo templo exigió disciplina, dedicación y compromiso a sus usuarios y habitantes. Quizá por ello, cuando años después cometieron el desacato de no honrar el sacrificio del Estado y de la sociedad a la que se debían, la Plaza de las Tres Culturas en Tlaxelolco —otro lugar de sacrificio mítico— se eligió como el lugar para su castigo y como recordatorio para futuras generaciones.

Conclusiones

Mi propósito en las páginas anteriores fue argumentar la interpretación de que la construcción de la Ciudad Universitaria posee, además de su innegable valor artístico y urbanístico, otros significados cuyo desciframiento obliga a analizar no sólo su materialidad y sus formas, sino a interpretar éstas respecto de las relaciones de la Universidad con el Estado mexicano, así como con la propia historia de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XX. Al hacerlo así, puede reconocerse que el problema de las viejas instalaciones universitarias emplazadas en el centro de la ciudad de México no fue solamente su deterioro y antigüedad y las limitaciones que ello suponía para que la Universidad cumpliera con sus funciones. Junto con ello, el ambiente urbano, social, político y moral que las envolvía había convertido —según la opinión e imaginarios de las elites universitarias y políticas— a los universitarios en un peligro para la estabilidad política, en un lastre social para el proyecto de progreso nacional posrevolucionario y en una vergüenza para la moral social dadas sus inclinaciones a los “vicios circundantes”. En este contexto, un nuevo campus fuera de la ciudad permitiría disciplinar la levantisca ideología política del estudiantado, así como convertirlo en el nuevo hombre de ciencia que la Universidad estaba obligada a producir y que el país requería para llevar a cabo la obra redentora de los gobiernos posrevolucionarios.

En esta tarea, urbanistas, arquitectos y autoridades universitarias y de gobierno hubieron de estrechar sus relaciones y ello significó plegar, aunque no sin ceder su autonomía, a la Universidad a los fines del Estado, al mismo tiempo que el Estado se obligaba a financiar sus funciones y sembraba en la Universidad las semillas de su subordinación política.

El emplazamiento elegido (el Pedregal de San Ángel), así como el arquetipo de campus norteamericano, alimentaron los imaginarios tanto de los constructores de Ciudad Universitaria como de las elites en el gobierno. La vuelta al origen, es decir, a un urbanismo con fuertes reminiscencias prehispánicas y la posibilidad de hacer nacer de la roca de lava el magno proyecto educativo y científico que fue la CU convenció a ambos —constructores y gobierno— de que México estaba de regreso en la grandeza de la que venía.

Sin embargo, además de que su identificación urbanística con una civilización señaladamente jerárquica y centralizada (como lo fue la azteca) fue acrítica —pero que se ajustaba a la sociedad y al sistema político autoritario imperantes—, la CU no dejó de apuntalar la segregación socioespacial que hasta entonces había configurado el desarrollo urbano de la ciudad de México. Así, el campus universitario no pudo sustraerse ni a las tensiones sociales ni a las tensiones urbanísticas que su emplazamiento en el sur de la ciudad generó —la debacle urbana y social del centro de la ciudad, la expansión de los negocios inmobiliarios para las clases medias, la proliferación de las colonias proletarias en la periferia de la ciudad, entre otros—, ni tampoco éste —el cambio de emplazamiento— fue suficiente para contener la creciente politización del estudiantado precisamente porque lo que cambió fueron el lugar y las instalaciones educativas para el nuevo sector social medio prohiado por la posguerra, pero no las desigualdades estructurales que daban identidad a México, a su ciudad capital y a la mayoría de sus habitantes, entonces como hoy.

